

Otra vida

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Otra vida. Una novela narrada por personas y objetos. 2020.

Domenech, María Tamara

Otra vida / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-86-4260-4

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

Ventana

Cómo pasa el tiempo, con quiénes, por qué narrar momentos, con qué dispositivos, en qué medida. Estas son preguntas ventana desde la que veo día tras día la vida de una chica, precisaría también describir lo que hace que encuadre a una persona en vez de otra. Pequeña, flaquita, ojos inmensos, enterito de jean, zapatos calzado treinta y cuatro, zoquetes sin elásticos, mochila siempre en el suelo. Manos arriba de un pupitre. Desde acá sobresalen el flequillo y los lápices de colores. Yo no sé cómo soy. Desde que me colocaron nunca pude mirarme. A mi altura no hay espejos, estoy cerca del techo, sin embargo, podría haber otras para reflejarme pero soy única, quizá por eso me fijo en una persona nada más, desde hace seis años. Aunque ella nunca mira hacia arriba espero que, antes de que termine el colegio, lo haga.

Hasta ahora, sus ojos parecen canicas que van del piso a la mesa. De la mesa a la mano, de la mano al piso en el que apoya los pies y quedan tirados los útiles de algún compañero. Y de ahí, a las manos, la mesa, los ojos de otro.

No sé si tengo un marco verde, marrón, ladrillo o negro, pero sí sé que no estoy ni recién pintada ni muy deteriorada, es extraño sentir un término medio porque vuelve extraño el modo de observar a las demás. Esa mitad coincide con la raya con la que la chica se peina como si el pelo fuera una cortina que, al abrirse hacia los costados, hace que aparezcan sus ojos. Son grises como el pelaje de un gato atípico y quizá no quiera mostrarlos para evitar que los demás pregunten: de qué color son, si con la edad cambió, de qué ancestro los heredó. Una se tapa para que no haya preguntas. Ni tontas ni serias. ¿Y cuándo una no quiere que le pregunten? Cuando espera respuestas. Cuando se demoraron demasiado. Cuando se las necesita de todas formas.

Y desde esta posición de ventana le envío señales, a través de las moléculas de polvo que escriben en el aire: qué tal si hoy después de la plaza tomamos un helado, después podemos ver una película de terror, no dejes que tu pelo tape donde querés ir, si llegara a ser así inundá por donde vayas, salpicá lo más que puedas a los costados, quedarán gotas luciérnagas que nunca se secarán, una luminosidad intacta, de la primera hora de la escuela, cuando todavía no sabés cómo va a ser el día, el día ya está para vos y te abraza.

La señorita Verta

- Vos viste cómo viene esa chica.
- ¿Ella?
- Sí, me da una lástima bárbara.
- Qué se puede hacer.
- Yo no sé. Intenté citar a la madre y al padre pero llegan tarde. Cuando vienen a la reunión ya tengo que entrar al aula.
- Trabajan.
- Sí, pero un hijo es un trabajo importante. Mirarlo.
- Qué viste.
- Algo que no me gustó nada.
- Cuándo fue.
- Una tarde de lluvia en el pasillo. Los chicos y esas computadoras.
- Qué era.
- Un video. Había fuego. Alguien se quemaba por un fin.
- ¿Una secta?
- Quizá. Un clan. Familias que seguían a un líder, era uno de ellos. ¿Vos lo podés creer?
- Sí. Los seguidores.
- Y le pregunté, qué hacés mirando eso, qué macana. Por qué.
- ¿Y ella?
- Cerró rápido la tapa sintiéndose culpable.
- Al revés.
- Es que eso me pasa con esta chica, temo que se vuelva enemiga de sí misma. A veces termina llorando toda la mañana.
- Cuando viene a casa intento mirarla pero no se deja, abrazarla tampoco. Sólo quiere estar con su amiga.
- Es que los adultos la defraudamos.
- A mí me pasaría igual. Quisiera ser querida eternamente por mis pares. Endiosarlos.
- Eso me parece que pasa con la tuya. Se ríe. Y dibuja. Son acciones de creencia.
- Sobre todo porque cuando hay desencanto una se olvida hasta de cambiarse, lavarse los dientes, comer.
- Hacer la tarea. Ella empieza todos los días hojas nuevas y, al finalizar la jornada, las deja completas por la mitad. Sobre el pupitre, desenganchadas se vuelan.
- Y qué hacen, ¿las juntan?
- Qué las van a juntar. Terminan en el tacho de la basura. No me parece que así tengan que ser los días.
- Quizá si abrieran las ventanas se volarían hacia la rama de un árbol, un abrazo de madera haría que ella se convirtiera, por un rato, en una flor de papel.

Padre

Qué ganas de tomar agua de coco debajo de una palmera mirando el mar. Una sola imagen es una cadena infinita de sedaciones. Con qué poco, un fruto entre las manos, una malla, los pies descalzos y los ojos guiados por las olas, un hombre es feliz. Yo creo en ese estado. Pero descreo de que a la mayoría les pase igual. Quieran lo mismo. Verse y moverse sin los paliativos del dinero, chau ropa, chau salidas, chau cuentas, chau títulos. Las manos dispuestas a recibir lo que ofrece el paisaje. Este coco duro, peludo no dice prácticamente nada por fuera. Aterra. Un golpe fuerte en el piso, se abre por la mitad y crea un camino blanco por el que nadar y una pequeña cáscara donde guarecerse. En qué poco espacio el hombre puede encontrar la calma. No como me pasa a diario cuatro personas en un departamento. La paz es imposible, cuando no se mueve uno, se mueve el otro. Excepto a la noche. Qué tristeza. La luna, las estrellas, los platos con restos de comida, la ropa sucia, los cuadernos por mirar, controlan mi desorden. Sólo en una cabeza de coco podría entrar la idea de que la manutención de una familia recaiga sobre una sola persona o dos. No se puede, es un imposible que la sociedad te hace creer que es verdad. Dónde vimos que en un solo país crezcan infinidad de frutas. En ninguno. Se requiere muchísimo esfuerzo para probar, distribuir, solventar, hacer traer. ¿Quedarse con lo dado es un abandono? Me siento así. Mis piernas, de ir y venir, se cansan. Cómo llegar a fin de mes. Qué cuento les voy a contar a mis hijos sobre lo que me pasa. De qué modo entienden lo que uno quiere explicar si no tiene explicación. No entienden nada. Una laguna de sentimientos encontramos. Malos entendidos. Puteadas. Y sí, qué voy a decir. Uno llega a la noche y despotrica. Todo el día caminando. Buscando. Queriendo algo que no está. A veces me dan ganas de irme pero dónde, con qué dinero, con quién. Un momento para mí. Eso pretendo. La imagen del mar, la página de un libro y una copa de champán con hojas de menta. Un trago que refresque desde donde nací hasta donde estoy. En qué momento desatendí los golpes que me di. En la exasperación uno no piensa, actúa. El tema es después. Los nervios quedan como cables pelados. Un cortocircuito en el alma. Las manos tontas. Necesitaría dormir un año o contemplar un único movimiento como el de aquella vez que me dejé llevar por una idea con la forma de un pájaro y recorrí el mismo camino desde otra visión. Di vuelta el colchón, redacté currículums, planché guardapolvos de los chicos, los despedí con un beso en la puerta de la escuela, caminé hasta la boca de subte, hice combinaciones invisibles durante horas probando suerte hasta la hora de salida, me dieron ganas de llevarlos un ratito a la plaza, charlé con otros y sentí que me entendían. Las palabras, sentados en un banco duro, eran blandas. Inaprensibles. Alguien las tomaba, transformaba y readaptaba al instante lo que estábamos viviendo.

Árbol

En esta plaza que está al lado de la escuela llevo cincuenta años de plantado. Todavía recuerdo mi ser de semilla, los bordes de un óvalo plateado. Lo que no recuerdo es el momento en el que caí de las ramas de mi ¿mamá? ¿Podría existir ese término para un árbol del que caen frutos, flores? Quizá sí, el término esté bien. No la recuerdo. Pero sí las manos que me transportaron desde la tierra a una caja y desde la caja a otra tierra para que me arraigara. Yo nunca extrañé. No sé lo que significa extrañar. En cambio, me dejo llevar por cada acontecimiento. Cuál es el trabajo de un árbol si no es el de capturar las exhalaciones de las personas que merodean cerca y devolverles oxígeno. Aquí está lleno todo el día. Excepto cuando llueve. Madres. Padres. Abuelos. Abuelas. Cuidadoras. Paseadores de perros. Perros. Pájaros. Niños. Niñas. Bebés. Es una captación muda y vital. De los humanos aprendí el lenguaje con el que escribo. Mis verdaderos maestros fueron los chicos que, al treparse y quedarse largas horas sobre alguna de mis ramas, escuché y entendí. Sobre todo de un grupo, sexto grado A, todas las tardes, se hacían piecitos para quedar cinco amigos sentados uno al lado del otro como si fueran flores con pétalos de tela. Charlas sobre lo que están viviendo. Nunca sobre el pasado, un comentario los lleva a otro y otro más, de pensamientos que surgen como flechas se clavan en el aire y crean jugos exprimidos.

A veces pienso en cómo sería si hubiera aprendido de otros árboles. ¿Las palabras sonarían como el silbido del viento, una fuerte tormenta, el momento de una poda, la caricia de una mano que toca el tronco porque le da curiosidad la rugosidad de la corteza, el arranque de una de sus hojas? ¿Sería un lenguaje de sonidos como el de los animales o también habría palabras? Qué palabras se transmitirían los árboles. Verde. Marrón. Nacimiento. Agujero. Termita. Agua. Sed. Hambre. Hormiga. ¿O nuestros sentimientos? Sin ir más lejos, acá sobre una de mis ramas escuché a una chica. Cómo se lamentaba. Pronunciaba palabras rotas: Ma-fu-pa-en-no-qué porquería-la-da. Sentí que le faltaba aire para completar la frase, en ese momento envié una señal desde mi corazón hacia cada hoja, pidiéndoles que expulsaran todo el oxígeno del que fueran capaces. Y en un abrir y cerrar de ojos, la chica dijo así: en mi sueño una mamá que yo conozco se hacía pasar por mi mamá. Yo no me quería ir con ella. Quería estar con la mía. La agarraba del pie, tenía una ojota rosa con un bichito negro que caminaba por encima. Me abalancé sobre los pies, quería matar al bicho para que no la picara pero el bicho, en vez de darse cuenta que lo estaba por matar y huir, tomó un envión invisible hacia la carne y la picó, no sé cómo pasó, pero pasó, qué porquería querer evitar algo y que ocurra igual, entonces grité de rabia, no me salían las palabras como las cuento ahora y pedía: dame una oportunidad más, dame una oportunidad más. Ahí me desperté y lloré de manera entrecortada, no esperaba llorar, me sorprendí de mí, me asusté. Después mi papá encendió el velador y me dijo: buen día, vestite, tomá la leche, llegamos tarde. Lo de siempre pero ya estaba marcada.

Desde ese momento sentí lo que ella sentía. No lo puedo traducir con palabras. Sólo con aire. Una manera de creer que un árbol cualquiera te puede hacer respiración boca a boca cuando es de noche para salvarte.

Madre

Hay que enfrentar la realidad pero cómo, con qué criterio. Desde que me levanto siento dos agujas en las plantas de los pies. Mirarme no más, un poco rojas y sacármelas. Con un movimiento rotundo cueste lo que cueste. Después me incorporo de la cama, los apoyo en el piso frío y siento un alivio. Enseguida, enciendo la hornalla para calentar el agua, la leche, el pan y me pregunto por los zapatos. Dónde los habré dejado, ¿debajo de la cama, por ahí tirados?, la falta de unas pantuflas o unos escaarpines para que la comodidad exista aunque sea en la casa. No puedo creer, en qué momento me desacostumbré al mínimo confort, andar de un lado para el otro, con la cabeza así, con la cabeza así, siempre resolviendo, revolviendo las cosas dentro de una cacerola, tengo que dejar de pensar en círculos, marean el mismo punto, sobre un mismo color sabor se arma un engrudo, queda pegado abajo y después viene el próximo esfuerzo, tener que agarrar la esponjita para desapegar el fondo siempre negro cuando las ideas se apagan, pero cómo no me doy cuenta de sacarlas antes. ¿Me estaré posponiendo? ¿Estaré postergando algo más importante que yo? Entonces me pregunto: cómo puede ser que haga cinco años que tenga las mismas zapatillas, blancas, plateadas y no se rompan, las uso para salir y en casa las chancleteo, sin ser de marca son resistentes, pero eso ya me parece un problema. Si no se rompieran ¿no me compraría otro par? Cómo es posible cambiar algo recién cuando se rompe, ¿acaso no sería mejor hacerlo antes, anticiparme a lo que se rasgará? Me dan ganas de rasguñar un pedacito, la lona, un ojal, sacarle un cordón para ver si así me doy cuenta de algo sobre lo que no registro ahora y repito una y otra vez: el despertar sintético, el levantarse grúa, la caminata mecánica, mi pobre corazón. Cómo es que no pueda cuidar un corazón salvaje. Por qué tendría que pedir permiso. Yo nací en un lugar en el que los chicos estábamos sueltos. Con nuestras familias compartíamos la hora de las comidas, el resto del tiempo íbamos y veníamos cuidándonos entre nosotros. Los adultos estaban dentro de las casas, los trabajos. Y, además, a los trece años yo ya sabía hacer de todo, coser, cocinar, sembrar, cosechar, leer y escribir, cosas que me defendían de tener que pedir que venga otro a socorrerme. A los trece años, mi madre ya me había enviado con otras chicas de dieciséis a la ciudad para que tuviéramos la esperanza de estar cerca de una universidad. El amor por la vida no es encapsulado. Como yo lo siento. Uno. Estar con un solo hombre. Tener uno solo hijo. Querer un solo trabajo. Ser determinado oficio. Para mí es natural estar en muchas partes a la vez, ir y venir en una bicicleta invisible a lugares poco conocidos, que se transforman en secretos que te dan ganas de compartir. Por ejemplo, los amigos. ¿Sino no son lugares remotos, flores lejanas, libros vencidos, puntos de un tejido que cuesta aprender, cómo sería ir a favor de la vida? No entiendo la adaptación inadaptada. Me gustaría ser una planta que de la noche a la mañana florece. Miles de pimpollos encubren sucesos de la savia. Una noche invertida divertida. La noche abajo, la tierra y arriba el día. Con esa esperanza quiero amanecer, no con estas agujas de tejer implacables que me indican el trabajo por realizar, la lana por conseguir, las prendas por terminar, me envainan como si fuese una momia a la venta, una momia al crochet.

Camino

Qué se piensan las personas, que los caminos no percibimos quiénes pasan todos los días por nosotros. Nos acostumbramos a una cantidad de pisadas de diferentes zapatos y números, que aprendemos por la mera recepción de vibraciones, impactos, saltos y que cuando los dejamos de escuchar extrañamos.

Una familia desde la calle Medrano y Sarmiento hasta Medrano y El Salvador. Cuatro pares de zapatillas, número cuarenta y dos, treinta y ocho, treinta y cinco y veintidós. Ocho pisadas acompasadas y, de manera imprevista, detenidas. Llegan susurros: pá, mirá esa flor. Hijo: pasa un avión. Madre: les preparé carne con papas al horno para la vianda. Hija: ya voy, no me apuren tanto, estoy dormida. Desde la casa, túneles de cerámica, alfombra y parquet, los pasos retumbaban el resto de los materiales, asfalto, vereda, chapa, tierra, césped, mármol, hasta llegar a la fórmica de la escuela. Un beso que se dan antes de despedirse suman ocho besos en las mejillas, más dos besos que se dan entre el padre y la madre en la esquina cuando se van en sentido contrario, suman diez. En ese instante los movimientos comienzan a ser más tenues hasta extinguirse. El centro, las oficinas, las ferias, los restaurantes, locutorios, los bancos quedan lejos de nuestra percepción. Los caminos tenemos ámbitos restringidos de perpetuación de onda, excepto cuando las personas se mueven en grupo, bloque, manifestación, hora pico y se expande. Una persona hace un sonido indistinguible, un barullo de insecto, una cuerda de violín creemos que suena cuando uno camina su vida. Única nota grave aguda, pensativa, clara oscura, dubitativa hasta que se afirma en la voz de alguien. Cada quien en su trabajo, con sus compañeros, a la hora del almuerzo, del café, con un cigarrillo en la mano en la puerta de un edificio ya es el comienzo de un pulso. Cuando se despiden e ingresan a la cápsula ascensor, los escritorios, oficinas, computadoras, se apaga.

A las dieciséis los familiares corren para llegar a tiempo a la salida de la escuela, los chicos hacen un bochinche de huida, quieren correr libres por la plaza, es un momento de explosión alegre, se chocan las palmas del azar con las de quienes arrastran bolsas y viandas. Esta familia para nosotros es la familia carrito. Desde que dejan la plaza y regresan a su casa las mochilas ya no pasan de una manera suave de mano en mano sino que lo hacen de una manera cansada. A veces nos enojamos con la familia carrito: ché, dan ganas de decirle, por qué no se turnan, van más despacio, traen menos cosas, las dejan en la escuela, las regalan o las abandonan en una esquina y van más livianos. Pero el abandono es una palabra cruel y cualquiera que dejara algo propio en una esquina se lamentaría. Por eso se prefiere el peso, el mal humor, la rueda de la vida representada en un útil con la gracia de un juguete. Cargar carpetas, libros, cartucheras, los deberes y quiénes querríamos ser, dibujos sobre márgenes de hojas, cartas de amigos, lápices juntados en el patio, un muñeco que nos acompaña desde la cuna. No puede ser, pensamos los caminos, que a determinada hora, las personas por separado que integran una familia pesen más que la suma que la integra.

No tenemos manera de hacerles llegar la necesidad de un desnivel, un traspíe, una zanja que los haga caer y dejar atrás, caer y tirar lo que no va más, caer y reírse.

Hermano

Premonición. Yo no creo que no hayas venido cerca de casa todo este tiempo. Conozco mucha gente que te vio, no seas un circo. Prefiero que me digas: no tuve ganas, cero deseo de que me echaras algo en la cara y listo, tu cobardía, especie de tapado de espanto. Un zorro cortajeadado lo vas llevando. ¿No te das cuenta que no quería ir con vos, nunca quiso, tampoco quiere ahora? Con un rifle que no funciona en las manos descargás donde apuntás y lo llevás encima. Lleno de sangre, encima hay que limpiar y decirte: te queda hermoso, como pintado. ¿No te das cuenta mientras caminás que está vivo? Semimuerto, no pensás y seguís, hasta que no tenga chance de curarse, comer, tomar agua y empezar todo de nuevo. Todas las ganas que tengo son pese a vos. Tenerte lejos, en una jaula de papel, no podés escaparte. Enseguida pienso, ¿vos te creías que era tonto que no podía discernir entre el bien, me hiciste mal y nunca un perdón, me equivoqué, lo siento, recorrí un camino enorme, lamento haberte hecho esperar toda la vida? A veces me pregunto: qué hubiera pasado si no me escindía yo también, en un punto violeta placenta de mi madre. Dale, vení conmigo, es lo que corresponde, mitad y mitad, yo también te quiero, no sé si tan bien como ella, no es para tanto, no te reniegues, no te prives de esa posibilidad y yo iba pero en tu casa nunca me sentí cómodo, me sentí equivocado. No era mi lugar. No tenía llave, cama, sábana ni juguete. No tenía, lo que cualquier ser viviente necesita, un espacio. Ni chico ni grande. Un espacio unido. Hola qué tal, este es mi hijo, te lo presento. Y si no querés quererlo, mejor andate.

Una mujer que te llevó de las narices te convirtió en una persona invertida, patas para arriba. Estableció un puente con la forma de un cuchillo, por acá no va a pasar tu pasado, tus hijos, son recuerdos. Acá entramos vos, yo y los que están por venir serán los bienvenidos. Qué alegría, cuánta, el piso sucio de caramelo vencido, tomá la escoba, ya estás grande, andá y limpialo. Dale, ayudanos. ¿No te das cuenta que ahora tenés nuevos hermanos? no los mires como si fueren viejos, hay que quererlos, cuidámelos un ratito, ya vengo. Y yo me quedé en ese lugar dulce embrujado, ayudando, limpiando, poniendo los platos, mientras esperaba entender. Pero para pensar hay que estar lejos de las rutinas de las casas, de las rutinas personales, donde te ponen los otros quizá no seas vos. Comienzan las preguntas como si nos diéramos cuenta al morder una factura vieja, que es verdad, no tiene gusto, queremos otra, nueva, de la mejor panadería. Y estamos dispuestos a entregar lo que sea por un mordisco de la vida crocante.

Entonces vos elegiste primero. Y yo después. Pero nunca te hice nada malo. Nunca. Más que querer y esperar. A que en algún momento te remordieras la mano, dejaras el rifle, bajaras del hombro a ese animal herido y dijeras: locuras no, hay que curarlo.

Remera

- Eu, vos, dale, despertate.
- Qué. What? Qué te pasa.
- Nada malo.
- Todo.
- ¿Todo qué?
- Malo.
- Por eso, ¡arriba!
- Para qué.
- Para encararlo.
- Cómo. No quiero.
- No importa si querés o no. Soy tu remera amiga y no te voy a dejar echada en la cama todo el día.
- ¿Eh?
- No me gusta cuando te hacés la tonta. Siento que me hacés burla.
- Problema tuyo.
- No, tuyo. Estoy sobre tu cuerpo. De las dos, mejor dicho. Dale no ves que no estás sola.
- Qué silencio. ¿Todavía no se levantó nadie?
- Sí, todos. Tu mamá se fue a comprar cosas al súper y tu hermano se quedó a dormir en la casa del amigo, ¿no te acordás? que duermas no significa que pierdas la memoria.
- Basta de consejos.
- Entonces registrá.
- No quiero.
- Pero estoy llena de lágrimas secas, date cuenta de lo que pasó.
- ¡Te dije que no quiero!, ¡¿sos sorda vos?, ¿estás muerta?, nunca escuchás a los demás!
- Ah no, que quieras gritar vaya y pase pero conmigo no. ¡Soy una remera, no un tacho de basura!
- Me tiene sin cuidado lo que tengas para decirme.
- Te lo voy a decir bien clarito: tu papá se separó de tu mamá. Ayer le dijo: es el último día que vengo a esta casa. Dejé de sentirla. Me voy para volver a sentirme. Conectar con mi cuerpo, lo que me rodea, quiero ver un paisaje. Múltiple, tupido, floreciente. Esta vida, ida y vuelta al o la falta de trabajo, la demanda tuya y de los chicos, llegar y ser absorbido como si fueran una aspiradora, quedar en una cápsula pequeña, con un motor mugriento chirriando en un costado, me cansó. No doy más. Basta. Hasta aquí llegué. Se me terminó la paciencia.
- Y mi mamá, qué le dijo.
- Le preguntó por el amor, si él seguía enamorado, o si ya no, cómo se daba cuenta. Y él le contestó, que por la falta de tiempo no estaba enamorado de nada ni de nadie. Que para volver a amar tenía que enamorarse primero del tiempo, luego de sí para creer en la palabra cortejo y extender una cola imaginaria de pavo real

hasta convertirla en realidad. Y que, por ahora, ni siquiera quería eso, sólo descansar en donde fuera y como fuera. Tu mamá en cambio de llorar comenzó a reírse. Nunca la había escuchado tan fuerte, tan rápido. Una carcajada detrás de la otra, como si con alguna le embocara en la cara, un bollo, una cachetada y tu papá, nada, la esquivaba. Movía los ojos, como hace siempre, vos lo conocés, hay cosas que las tengo que obviar porque si no estaríamos un día entero tiradas en la cama y quiero que te levantes de una vez.

- Por lo menos te estoy escuchando sentada.
- Bien, muy bien, me falta poco para terminar y para ese entonces quiero que ya estemos desayunando, vos bañada y yo con ganas de que me propongas algo.
- Pero qué más pasó.
- Y bueno, tu papá siguió gritando, tu mamá riendo y de un momento a otro, tu papá agarró la mochila azul, le dio un beso y se fue.
- ¿Y mi mamá?
- Tu mamá le preguntó: ¿se puede saber dónde vas a dormir, jajajajajaja? Y él le contestó: hoy sería capaz de entrar en una panera, una canasta, una cuchara, una cucha de un perro cualquiera. Y tu mamá, le contestó: ah perra. Bueno está bien, estate bien. Esténse, jajajajajaja. Y en vez de llorar, se puso a cantar y en vez de gritar, se siguió riendo lo más fuerte que pudo. Y, en vez de decirles despacio lo que había sucedido, se los comunicó abruptamente. Algo así, como: chicos, papá nos cambió por una perra. Ya se comunicará con ustedes, o eso espero. De ahora en más, lo más importante es cómo nos organizamos con las horas, las cuentas, los deberes. Más no puedo decirles. Yo siempre me voy a quedar. Aunque me enamore de otro. A cualquiera le puede pasar. No es nada malo. A lo mejor, es bueno. Ya de ahí, a abandonar el barco, bueno, es como decir, no quiero vivir más lo que venía viviendo pero además no me importa qué pase con ustedes. Como si fuera un bis, una patadita hacia el mar revoltoso. Ya se nos va a pasar. En el mar hay peces, comeremos pescado. Hoy solamente puedo pensar en eso. Mañana ya será otra cosa. Vengan que los abrazo.

Te despertaste a la madrugada y viniste casi sonámbula a la cama.

- Ah.
- Ah, qué.
- Ah.
- Y después, a las dos horas escuchaste con demora las palabras de tu mamá y comenzaste a llorar y me manchaste toda.
- ¿Y?
- No sé, en principio bañate, lavame y después vemos. ¿O te creés que es lindo seguir así?
- Tenés razón.
- Entonces, como te dije, arriba.
- Lo hago solamente por vos y porque sos mi amiga.

Amiga

- Qué te pasa.
- Na.
- ¿Na?
- Sí.
- ¿Estás loca? Qué significa.
- Nada.
- Ah bueno, imagínate si empezáramos a hablar con sílabas cortadas. Dejaríamos de entendernos.
- Eso.
- ¿Eso querés?
- Sí.
- Por qué. Cómo nos vamos a contar las cosas que pasan.
- N.
- ¿No nos hablaríamos más?
- N. E.
- Me muero. Dale.
- S.
- Sería un lenguaje muy lento. No nos alcanzaría el día de escuela. La vida.
- V.
- ¿Vendrías a casa?
- S.
- Bueno, algo es algo, por lo menos siento que querés estar conmigo. Pero ¿estás muy segura que no me querés contar?
- No quiero hablar. Me quiero reír.
- Es difícil, no sé, estás rara. Parecés un arlequín.
- ¿Un qué?
- Un muñeco: tus ojos tristes, los pies sin saber adónde ir, tu postura como si la ropa, aunque ajustada, te quedara holgada. Me dan ganas de abrazarte.
- Abrazame.
- ¿Viste que no es tan difícil pedir?
- No es difícil con vos. Con los demás me desacostumbré. Es imposible.
- Por qué.
- Porque no quieren dármelo. O no pueden. Me da igual. Me hartan.
- Pero no empieces a preguntar.
- Igual me lo imagino.
- Siento que mi sangre es una discusión. Mis nervios. Mi piel. Mi pelo.
- No debe ser para tanto.
- Sí, te juro. Un grito detrás del otro es un batallón que entra de a poco a los golpes. A veces pienso en la palabra margarita. Tan sencilla. Amarilla. Que pende de un tallo verde, estimula su cabeza dorada.
- Salgamos ahora a buscar una.
- Dale, pero sin arrancarla.

Hojas dentro de una carpeta

Sos la única que me entiende. Carpeta madre. Con cincuenta hojas rayadas sostienen mi cabeza. Que se va de un lado al otro, una campana rota. Qué mal sonás, me digo y lloro. Caen lágrimas pesadas sobre tres agujeros en el borde izquierdo, drena mi tristeza, se va de mí, de vos y, de un momento a otro, me dan ganas de hacer otra cosa. Mirar un punto flor, cordero, silencioso, perdido que se reencuentra en donde está. Reconoce. Esta es mi tierra. Mi familia. Tengo un lugar. A veces siento oscuro. Una remera rota es un teatro, mitad mentira mitad real. La piel que recubre mi pecho se deja ver pero no dejo pasar así nomás a quienes se me acercan. Yo desconfío. No estoy orgullosa, estoy podrida de preguntarme cómo me dicen las cosas, no son lo que parecen. Son totalmente distintas. Me las presentan cambiadas. Y ante la situación de tener que distinguir me da cansancio. Furia. Me siento traicionada. Cómo es que las cosas no son como los ríos. Los pasos todos los días hacia adelante. Yo no veo personas que caminen hacia atrás. Los rayos de sol que penetran e iluminan el fondo del agua. Son acciones simples que, sin pensamiento, suceden de modo que una sienta una creencia. Por ejemplo: el amor. Qué es. Para mí es un origami con la forma de una mariposa. Lindo por fuera pero tenés que entender por dentro cómo se conforma. Cientos de papeles cortados, plegados y enhebrados para dar la sensación de movimiento a un invertebrado. Eso me parece que le falta al amor. Tener una columna vertebral, la altura de un dinosaurio que capte la inmensidad, la complejidad de las especies que lo rodean. Una fuente de sentimientos como estas gotas que caen sobre vos y absorbés sin decir, sin criticar, sin prejuizar, sino asintiendo, das un sinfín de oportunidades sobre qué escribir. Para quién escribir. Por qué escribir. Cuánto tiempo escribir. Qué dibujar. Para quiénes dibujar. Por qué dibujar. Sos una amiga infinita. En todo caso estás quieta pero no te disgustás cuando te pido prestada, o te presto, recorto y regalo. Eso me gusta de vos. Tu capacidad de amor sin reglamentos. Un ser que pasa de mano en mano. Tu ser sortija. Vos serás mi sombrero, parte de mi nueva vestimenta. Voy a tener un pantalón de papel, una remera de papel, una campera de papel, medias y zapatos de papel. Y me voy a disfrazar para pasar el rato. Por ahí me divierto, por ahí no. Voy a ir probando cómo me gustaría verte frente a los demás. Una esperanza. Por ejemplo, que los adultos se pongan de acuerdo. Si te dicen te paso a buscar es te paso a buscar. Ya si no vienen creés que se los tragó la tierra. Quieren desaparecer. Yo no quiero esperar toda la vida. Eso es lo único que sé.

Ventana

Qué golpe me dieron el otro día. Los chicos sentados. Los chicos aburridos. Los chicos que estudian. Los chicos desesperación. A quién se le habrá ocurrido que estar sentado era la posición correcta para aprender. Me pasa a mí, siendo una ventana, quieta todo el día, toda la vida, me canso. Pido en silencio que pase algo inusual que me provoque. No sé, una alegría, una desgracia, algo para sentir, para contar, para vivir. Pero un aula es la anti vida, como la casa, los negocios, cualquier tipo de encierro. Yo veo al lado mío, la plaza por ejemplo, y de verdad envidia a los árboles, ni qué decir a los animales, más que a los perros y las hormigas, a los pájaros. Porque los árboles están quietos pero no podemos negar que la lluvia los moja, el sol los seca, los rayos los asustan, los chicos los acompañan cuando se trepan, las hormigas y los caracoles cuando se arrastran sobre sus hojas. En cambio, mi vida consiste en observar, al no tener persianas, ni siquiera tengo un momento en el que me cierren los ojos, es una manera de decir, esta forma de hierro con dos paños de vidrio, es una estructura que forja el hecho de tener que estar atenta sin que nadie te atienda. A veces, lo único que agradezco, es no tener rejas, no tener que ver la tierra verde como un castigo.

Yo creo que después de que una piensa miles de veces las cosas, suceden, porque nos convencimos, dejamos de dudar porque nuestras palabras son más fuertes de lo que quiera que vaya a pasar.

Creo que la observación me llevó a convencerme de la existencia de un punto irrompible, valga la paradoja, porque podría romperme pero el hecho de ser transparente me ayudó a transparentar a los demás hasta un punto ciego, en disputa, entre lo que muestra cada uno y lo que cada uno es. Este es un saber fantasía metalizado que creamos entre todos si nos mimetizamos a partir de texturas y no de contexturas. Por ejemplo, desde la altura en la que me pusieron envío señales a la chica, sexto grado A, jornada completa, dejo traspasar los rayos de sol desde afuera hacia su cara, se ilumina una parte de su rostro, la parte asustada que, a su vez, proyecta sobre su carpeta un monstruo. Mitad padre mitad animal. Ilumino la carpeta hasta que la sombra desaparece y quedan sólo líneas sutiles, contornos quebrados y ya no dan miedo, queda debajo de su cara una especie de pentagrama con notas musicales para tocar un instrumento. Y ella sin darse cuenta arranca la hoja, la envuelve por la diagonal y la sopla. Con ese mínimo sonido continúan sus pensamientos descansados.

Pero de golpe un chico se levanta, estira sus piernas apoyando su cabeza y su torso sobre otro. Ahí no más, éste se tira sobre el primero y comienza una danza sin rumbo parecida a un día arruinado y enseguida se suma otro y otro. La chica, mi amiga, arroja una pelota en el centro de los cuerpos, como pidiendo silencio, que se dejen de hinchar, hasta que uno de ellos la agarra con las manos y la hace picar hasta marearnos un poco y un poco más. En una de esas tiradas hacia arriba me atraviesa y se rompe una parte de mí. Quedan vidrios por todas partes. Adentro y afuera. Algo se libera. Fueron unos segundos, entre que pedía y observaba, las cosas suceden como si nada. Los chicos captan el pulso y para que se pierda están dispuestos a romper.

Yo no sé qué harán ahora conmigo. Me daría mucha lástima que me sacaran y no volviera a verlos.

¿Y si me convirtieran en una botella, el marco de un espejo, un juego de copas? No quiero irme de acá. Entonces pienso mitad fría mitad tibia en lo que ansío. Mientras espero a ver qué pasa, por las dudas envío un saludo de despedida a los alumnos, a mi amiga en particular, por si nunca más la vuelvo a ver.

La señorita Verta, el padre y la mamá de Amiga

- ¿Pudiste hablar?
- La verdad es que no. No sé qué decir. Cómo.
- Yo hablé con el papá pero me quedé con una sensación rara, como si aún escuchándonos de manera atenta, no nos hubiésemos entendido.
- Qué le dijiste.
- Le expliqué: mirá la verdad es que tu hija es una reina de la inteligencia pero también una reina de la tristeza últimamente, me gustaría saber qué pasa para poder ayudarla.

- Son tiempos difíciles.
- Sí, lo intuimos por cómo la vemos. Lloro sin parar.
- Y ¿eso está mal?
- Llorar no está mal pero sin parar, sí.
- Nosotros intentamos contenerla, pero un pañuelo, un abrazo, una mirada no son suficientes. Ella no habla ¿y usted?
- Yo les pido paciencia.
- Es que la tenemos, sino sería imposible esta profesión o terminaríamos con un sumario y una carpeta psiquiátrica. Un aula es el cemento desde el cual treinta historias de vida de once años se erigen y nos desafían.
- Son increíbles los chicos.
- Pero no es todo color de rosa. Arrastran cargas enormes. Lo que se espera de ellos, lo que se les pide, lo que no se les pide con las palabras y se les pide con la cara. Los chicos tienen que decodificar a los adultos, se convierten en expertos del lenguaje no verbal. Entonces, mi pregunta es: ¿pasó algo que no sepamos y que sea necesario saber para atender?
- La verdad es que yo le digo a mi hija: mirá, para vivir se requiere una fuerza enorme, la valentía es una palabra hologramática, parece una cosa, en realidad es otra. Ya desde que te despertás es necesario aclarar: qué sueño tenés, qué te convoca, para qué naciste, qué don querés desarrollar, son muchas preguntas que requieren pensar un área donde dar lo mejor de vos mismo para que vuelva ese manantial de energía que uno brindó. Por ejemplo, a mí la música me encanta. Ahora, de ahí a dedicarme en serio, de manera profesional, ya es otra cosa. Se necesita trabajo y no es fácil conseguir de músico, ser profesor es transmitir un saber pero ser un creador es otra cosa, ser parte de una banda, una orquesta. Mi hija tiene una corona de imaginación prodigiosa.
- Pero tengo dudas sobre su estado de ánimo.
- El amor nunca es lo que parece. Mis sentimientos hacia ella son inmensos y están intactos.

- Ah pero no hablaron sobre lo que pasa.
- Fue imposible.

- Intenté acercarme pero me doy cuenta que hablar con los padres no es una solución. En la mayoría de los casos, en cambio de resolver problemas, los agravan.
- Y qué podemos hacer.
- La verdad es que no sé. Voy a preguntar a otros docentes para pensar una estrategia conjunta que, sin distraerla de lo que le pasa, no la hunda. Me quedo con la sensación de que el padre hablaba como un pájaro. Ya sé que los pájaros no hablan pero por la forma de moverse, de abrir la boca, casi cerrada, se alimentaba de cualquier cosa. El acto de decir requiere una concentración, un anti vuelo, una posición quieta que sostenga el volcán de lo que sentimos, el derrame de un corazón, eso es un aula.

Padre

Ya voy, esperame un momento, me digo a mí mismo, sentado en el piso de un departamento que me prestaron para comenzar, lo que supongo será, mi nueva vida. Oleadas de silencio para pensar en cómo incorporarme. Una familia es una licuadora, todas las frutas adentro, apenas un click y quedaste triturado. Yo pensaba que era al revés. Que era ponerse un sombrero de paja, una protección para el sol. Pero te insola. El amor. No es una metáfora, una imagen, una idea. Es una acción detrás de otra, un pedido constante, de los demás y para con uno mismo. Cuando te querés acordar de vos ya estás fisurado, sos una rama quebrada, decime quién te va a mirar para tocarte y recuperarte, nadie. Al final del día no te quedan ganas de nada, ni mirar la luna, el cielo, la ventana, creer en el afuera, el cosmos, el exterior, la inmensidad se transforma en una vaguedad que te abandona y en vez de tener ganas de reconquistarla la pateás: má sí, por qué no me dejan en paz, un minuto nada más, a ver si se me pasa, pero no, las voces son las que siguen de manera zigzagueante, víboras que se enredan en mis piernas: ayudame con la tarea, tengo las uñas largas, hay que hacer los mandados, ¿te fijaste si había alguna nota en el cuaderno?, cuánto vino de luz y cómo vamos a hacer para pagarla. Las palabras te encadenan a una silla de la cual sos el rehén, un muñeco de peluche mimetizado con otros que los chicos dejaron sentados o te levantás y te vas como hice yo. Tengo que estar solo para pensar qué quiero, cómo voy a conseguirlo, cómo sentirme vivo si me siento muerto. Entonces me puse el sombrero de paja que compré en unas vacaciones cerca del mar que pensaba no me lo iba a poner nunca, hoy me lo puse, con un bermudas y una remera sin mangas y con esta ropa llamo a lo que quiero, el verano de mi vida: una playa, la malla, un trago, bailar descalzo sobre la arena, que me sostenga mientras mi espíritu se eleva con el aire que respiro, el cielo, el pelo de una chica, su cintura, sus pechos, me dejo llevar en una danza divina y al levantarme me siento como nuevo, siendo un poco viejo y me dan ganas de agarrar una guitarra y mientras hago un fuego, la toco, para acompañar la llama ascendente, mi deseo. Es tan simple la vida, que para qué arruinarla con cualquier cosa. Hagamos una lista, qué se necesita: un espacio, los frutos que recojas, un pescado, la ropa que tejés, tenés tu libertad. La relación de dependencia me asfixia sea donde sea: la oficina, la casa, los chicos, el matrimonio me voló el moño, quiero paz. Estas son palabras que crean un estado que anima los muebles, la vajilla, las mantas, los libros que no tengo. Lo que no existe por lo menos busca un lugar. Lo único que traje es una valija con ropa. Sigo sentado y al tocar su traba, pienso en que querer no implica extrañar. A mis hijos los quiero pero, la verdad, no los extraño, me miento si digo, sin ellos no puedo vivir. Sin ellos puedo. Sería cuestión de acomodar el vínculo desenfocado. Mi hija no me critica. Mi hijo me odia. Espero que me entienda cuando sea más grande y quiera armar su propia familia, quizá le pase que quiera desarmarla. No es desalmar. Por ejemplo, en este mismo momento envió una palabra para que estén lo mejor que puedan. Sin mí, se terminaron las malas caras, los malos entendidos, los malos pensamientos. A veces, cortar es lo mejor que sabés hacer. Lo más sofisticado sería construir algo hermoso pero, si no es así, con tan solo apartarte ayudás, es una ola que viene desde el horizonte, te abraza, te arremolina y te devuelve a la orilla. Eso es miedo y amor a la vez. No sé cómo se sigue.

Árbol

Una rama torcida se eleva con decisión para toda la vida. Así veo al árbol, árbol que tengo enfrente. La conozco desde hace veinte años, cuando la plantaron era tan chiquita, apenas un musgo, una pelusa, un hueso. Pero con el tiempo creció, dos ramas sobresalen del tronco como brazos y una torcida como si hubiera necesitado otro más para ¿defenderse? Me encantaría acercarme a ella pero, una vez que estás plantado, es imposible desplantarte. Sobre todo cuando pasa el tiempo y crecés tanto que los seres humanos pierden fuerza para moverte y en su lugar quedan máquinas. Las grúas por ejemplo, de sólo pensar que me transportarían sus dientes mecánicos me duele. Entonces me voy haciendo la idea de que el amor será de observación y que además, tuve mucha suerte de tener cerca una especie que me guste. Cuando pienso que podría haber estado frente a otra, sin que me llamara la atención, me apeno. En vez de eso, cada mañana noto sus rasgos nuevos y comprendo la forma incomprendida de hacérselo notar.

Y creo que así, como los seres humanos tienen ojos y bocas para comunicarse, las plantas tenemos cientos de poros en cada hoja para transmitir nuestros afecto. Y, con una rama fina de una de mis ramas gruesas, toco la espalda de la chica de sexto A. Y ella, intuición, supone, no sólo que no es fortuito el hecho de que me estoy moviendo sino que además quiero decirle algo. Así fue que compartió su sospecha con los demás y enseguida los otros chicos se dieron cuenta que me pasaban cosas. La chica dijo: qué tal si escribimos una carta de amor y la llevamos hasta la rama más alta y torcida que este árbol señala. Y escribieron: querida amiga y las palabras no salían. A uno se le ocurrió dibujar retratos de cómo era desde que la habían plantado hasta ahora, un espejo amigo que, sin que ella se diera cuenta, observó con entusiasmo cada cambio. Así fue que le llevaron ocho retratos: de pequeña, niña, púber, joven y en la actualidad en las cuatro estaciones del año. Lo firmaron con un nombre que me inventaron en ese mismo momento y se la llevaron. Yo creo que se sonrojó al darse cuenta de que un grupo de chicos la miraban por primera vez. La rama torcida, el tercer brazo descendió desde lo alto y le acarició la cabeza a cada uno, como si, a partir de ese momento, fueran sus amigos.

Al otro día, me dieron ganas de escribir un poema a ese tercer brazo pero tenía que esperar a que los chicos salieran del colegio para ayudarme. El lenguaje es difícil porque puede acortar o ensanchar las distancias. Quizá sería mejor un dibujo, retratar el rasgo único, de sentirse entendida la rama significaría una flor imaginaria entre los dos.

Madre

Una liberación insólita irrisoria me lleva de la mano como si fuera una escoba, un plumero, una aguja de tejer punzante cotidiana por toda la casa o una amiga para que la vea conocida desconocida. Arrastrándome: así quedó la cocina, la pieza, el living, el baño. Él se fue. Y en cambio de sentirme triste deprimida, me doy cuenta de que las palabras son la manera desesperada de nombrar algo que ya veníamos viviendo. Son violentas sorpresas porque tienen la función de poner de manifiesto cosas que creíamos eran actos de fe. La fe no existe, ¿o sí?, qué es la fe. Una esperanza descabellada. Tengo que calmarme. Entonces veo la taza que dejó sobre la mesa de la cocina, lavada, boca abajo sobre un repasador, la toalla colgada en el ganchito más alto, al lado de la cortina de baño, sus libros en la repisa del living y el ropero vacío. Sentada sobre la cama matrimonial creo que entender es detenerse en un despelote, mi ropa sola en un espacio que, hasta hacía días, parecía ínfimo, ahora se agranda y respira mejor. La ropa colgada en perchas, los vestidos, las polleras comienzan a moverse aunque sea por efecto del viento que entra por la ventana. Recién hoy, se dará cuenta que algo pasó y nos hacemos compañía como viejos amigos: cuando el amor se rompe queda un escenario iluminado. Y mientras escribo me dan ganas de bailar con la música compuesta por mis pensamientos que rebotan de un lado al otro de la cabeza, olas sobre rocas hasta encontrar un cuerpo que toma sol. Así toda la mañana me la paso bailando y riendo, repito cada una de las palabras que dijo en voz alta para ver si hay similitudes y me doy cuenta de que aún a las mismas sensaciones les corresponden palabras distintas. Cuáles son las mías, pronúncienme y llegan de a poco, tranquilas: la verdad es que una cosa es crear una familia y otra pensar que lo que le pasa a cada uno es más importante que lo que le pasa al otro. ¿Es un sabotaje?, ¿la coronación de una espera interminable?, ¿un vestido artificial sobre la carne viva?

Yo me imaginaba otra cosa, que era un tapado simple, hecho con lanas sobrantes que en vez de ser descartadas comenzaban una relación. Una familia era un estado vinculante de lanas de colores, a una le seguía otra con un simple nudito hasta completar un diafragma, una alfombra, un pasamontañas, por el que la cabeza pasara para respirar.

Dichas mis palabras me acuesto en la cama a contemplar. Nuestro ropero ya sabe con su vacío que algo se vació. Mi ropa se llena de oxígeno, el vestido de cuando nos conocimos, el de casamiento, el que me puse para los dos embarazos, hasta los de entrecasa, son personajes protagónicos en un teatro de madera, cada uno representa momentos en los que creí.

Camino

Un trayecto de ocho años de caminado, dura un matrimonio, una relación, entre una casa y otra, quizá hubo tres casas, entre las solteras, la casada, las alquiladas, además de otros, los mandados, la búsqueda de colegios, los sanatorios, alguna urgencia, las fiestas de fin de año, los cumpleaños de un lado y del otro, la casa de los amigos y los trabajos, es un ir y venir, primero al compás de un par, luego de dos, más tarde de tres, por último de cuatro pares de zapatos son golpes suaves en nuestros cuerpos de cemento. Ahora, cuando en un momento dado, los zapatos de uno comienzan a ir por un camino nuevo, dejan de escucharse como antes. Un hombre de cuarenta años se aleja de la casa no sabemos si por un tiempo, es corto o será eterno, en busca de otra vida, así como queda una mujer en una casa sin saber aún cómo llegar a fin de mes, ya no lo extraña y dos chicos, los últimos en enterarse de que las cosas no eran rosas. El hermano se lo tomó muy mal: ah, qué vivo, vos te vas para buscarte y nos dejás perdidos. Cómo se supone que va a hacer mamá con nosotros dos, yo me puedo manejar pero si la dejás, me sobrecargás. Llevar al colegio, traer, comprar, cocinar, calentar, contener, ir a visitarte. Qué te pensás que sos un rey, por qué no venís como sea y tirar tu ropa y comprar otra. Vos estás en un lado a salvo y nosotros en el otro, mamá teniendo que resolver: ahora que no ayuda, que no lleva y trae, tampoco pasa plata, bueno ya veremos. Y en una mesa en la que, hasta hacía poco, había una frutera con bananas y manzanas que nuestras palabras atravesaban sin romper, ahora quedan cáscaras, voy a tener que llamar a un abogado, yo me quedo con ustedes pero si no pasa dinero, cómo hacemos, un mueble lleno de preguntas es el espejo que dejaste entre nosotros. Además de tus silencios. Que no vengas a ayudar a mi hermana no te lo perdono. Desde que se levanta hasta que se va a dormir mira la casa desorientada. No entiende los puntos cardinales, donde está el baño, la cama, las cosas básicas. Deja roto por donde pasa. Como si ella misma hubiera dejado de importarse. Hay que levantarla, insistirle: bañate, cambiate, dale que te llevo. Dejás un zombie. Y en vez de estar acá, la llamás por teléfono. Yo no sé qué pensante, que los teléfonos tienen la capacidad de ponerse pantalones, trasladarse y abrazar. Bueno, la verdad es que son tu discapacidad.

Así los caminos dejamos de escuchar una vida unida, ahora se separa. Unos zapatos por ahí, otros por allá, otros por el otro lado. Suenan a destiempo, como si les faltara la suela, la chapita.

Hermano

Me pruebo una remera, un buzo y un pantalón de mi padre. Se lo había sacado una vez del ropero sin su permiso porque me habían gustado los colores. Ahora la ropa me queda chica parezco disfrazado.

Le preparo el desayuno a mi hermana y la llevo al colegio. Cuando regreso intento comportarme como si fuera él, ¿para entenderlo?, ¿para juzgarlo?, ¿para divertirme? La verdad es que no sé, por qué hago lo que hago. Quizá sea una ridiculez. Y esta palabra me lleva de las narices a que huelo el perfume de las margaritas amarillas de la plaza. ¿Recién brotadas?, ¿recién miradas? Arranco una y me la coloco detrás de la oreja. Así mi padre con un sombrero de paja y un cigarrillo en la boca hablaba, hacía una pausa y continuaba. Yo no entiendo cómo una persona puede decir una cosa y hacer la contraria. Creo que el lenguaje nunca lo acompañó y como se cansó de él, agarró sus cosas creyendo que así lo dejaba en casa pero el lenguaje te acompaña estés donde estés, ¿en qué consistiría adaptarlo según nuestras necesidades más hondas? Pareciera que surge para mediar lo irremediable y en vez decir palabras que encarnen el sacudón, ya están resquebrajadas: yo, necesidad, sueño. Qué significa esta sarta de cebollas fritas quemadas en una sartén. Eso son las palabras. Pedazos de cosas hermosas puestas en una hornalla, si no las atendés, se queman. Esa inmadurez para no estar atento al fuego, al movimiento en el fondo de una cacerola, a esperar a que los chicos lleguen de la escuela, a preguntar, a no dar por sabido, a querer ayudar, no es el padre que tuve ni tengo. Está de adorno su cuerpo en un departamento prestado hasta que paseen por la pasarela de su mente y se dé cuenta que no están para mirar las palabras sino para vivirlas y, en esa confusión, se engancha con una mujer cuyo padre en su niñez tapó su boca con plata.

La única vez que fui a verlo tuve la sensación de que su casa, cama, toalla, alacena, televisor, los hijos que tuvieron después eran de un metal parecido a una cuchara para servir helados.

Dulce derritiéndose, deja un camino pegoteado hasta atraparte. Resbalándome quería descender hasta la vereda en busca de una vida real. Y caminé por una calle parecida a la que pisé hasta llegar otra vez acá, mi casa, la que fue de los cuatro hasta hace ¿un momento?, ¿una temporada?, ¿una eternidad? Y me tiro en la cama grande y contemplo el ropero vacío desde el cual saqué una vez la ropa que tengo puesta y me parece que dios es un hueco brillante, en el que colgar cosas que quisimos se vuelven incógnitas y él las aloja como si fuera un cajón de una cómoda, un dios facilitador. Entonces me quedo en calzoncillos y medias, el torso desnudo y guardo en el último estante la ropa que no me nombra, con la esperanza de que aparezca una prenda estelar sobre la cual reflejarme.

Remera

- Dale, qué te pasa. No me dejes ahí tirada encima de un pantalón, un par de medias, las zapatillas, sobre el piso, ¿voy a estar todo el día sin hacer nada?
- Ahora voy, qué hora es, en vez de reclamar, podrías taparme, tener manos y pies, moverte un poco sola, ¿no?
- No tengo. Si me los quisieras hacer yo estaría encantada. De tener un gramo de vida, me movería, no tendría que depender de vos y tus estados.
- Dejame pensar, cómo podría hacer para que tuvieras extremidades.
- Por suerte te levantaste, antes de seguir pensando, levántame, llévame con vos.
- Voy a buscar la caja de las telas y el costurero. Ya vengo.
- Ojalá que no se tarde, cada vez que busca algo se pierde y pregunta: qué estaba haciendo, entonces vuelve al punto de partida para ver si de ese modo recuerda y cuando lo hace, vuelve a pasar lo mismo. Por eso, prefiero que me lleve puesta, yo la estiro hacia los lugares a los que quiere llegar. No se trata de que lo haga rápido sino que llegue. Se necesita elasticidad. Y la mente y el cuerpo son anti tela, así es como se tropiezan una y otra vez para alcanzar lo que quieren. Abrazar lo que uno ansía lleno de moretones. Por fin volvió. Y ¿encontraste la caja y la tijera?
- No.
- Llévame que yo sé dónde está. Me hace caso, vamos a la habitación en la que la madre teje, cose y confecciona ropa y nos encerramos en el cuarto.
- A ver, ¿te gustaría tener mi misma estatura, ser más alta o más baja que yo?
- Ser como vos.
- Bien. Te voy a hacer piernas de jean y brazos cuadrillé rellenos de guata. Zapatitos de charol rojo y este pañuelo azul en el cuello. ¿Te gustás?
- Acercame al espejo.
- ¿Así? Qué pensás.
- Estoy hermosa pero por más que tenga piernas y brazos no puedo caminar.
- Te voy a llevar a caballito. Tus brazos colgados sobre mi cuello, tus piernas anudadas a la panza, así nos moveremos de ahora en más.
- Qué suerte tenerte.
- Lo mismo digo yo.
- Desde que te elegí en esa vidriera en el centro cerca del mar.
- Desde el mismo momento te quise.
- Probemos salir a la calle. ¿La gente pensará que estoy loca?
- No sé, cuál sería el problema. Lo que importa son las manos que buscan estar con otras. Como nosotras.
- Tenés la razón de haber estado en contacto con mi cuerpo.
- Yo nunca te defraudaría porque siempre sintonicé tu corazón.

Amiga

- Por qué estás otra vez seria.
- Es mi cara, qué querés que haga.
- Te ponés así cuando te miran pero mientras estás haciendo cualquier cosa te ves más divertida.
- No sé, puede ser.
- Yo me di cuenta, es como si fueses feliz hasta el momento de la foto, cuando alguien dice: vamos, pónganse juntos. Ahí fruncís el ceño, te querés ir.
- Nunca lo había pensado así.
- ¿El problema son los finales?
- Quizá.
- Tener que posar para otro que es una cámara que dispara.
- Además eso de todos juntos, por qué, para qué, a quién le importa.
- A los recuerdos. Una división, suponete sexto A, una familia de cuatro personas, los candidatos de un partido, el payaso y los niñitos en la plaza, posan juntos pero no significa que se quieran.
- Entonces soy así para no ser careta.
- Pero podrías adoptar una posición entretenida.
- No me sale.
- Imaginate que la persona que dispara la foto es de cartón, al que le pusiste un gorro, unas pantuflas, un moño en el cuello, tu ropa, es ridículo reírte para una cámara ridícula.
- Lo voy a intentar.
- Cuando te reís me hacés reír a mí también.
- Es que me acuesto sobre la idea de una arruga de cartón que parece un diafragma de alguien que respira entrecortado, el aire ingresa, se detiene en la garganta y baja de manera desacompasada, como si estuviera llorando.
- Esa sos vos, no es la cosa que te digo que te imagines.
- Pensá, el aire ingresa al cuerpo. Recorre los sueños, las amígdalas, la panza, los árboles de la plaza, las margaritas que nos gustan, los disfraces y se expande hacia quien te quiere.
- Eso me pasa solamente con vos. No tengo que esforzarme.
- ¿Será eso el amor?, ¿así de simple?
- Por ahí, sí.
- Cuando te dicen: más al centro así entran todos, digan tal palabra, sonreí un poco, tal está despeinado, falta tal chico, esperemos hasta que lo vayan a buscar, cámbiense de lugar que el sol les da en la cara y les impide abrir los ojos, hacele upa a la nena para que no llore, justo ahora, no le hagas cuernitos arriba de la cabeza, es una foto familiar, no estás con tus amigos, así sucesivamente es una cadena de pedidos que no cesa y, en vez de derretirme como un helado transfigurado, me convierto en una estatua de hielo que deja de influir, de una manera dulce, en los demás.

Hojas dentro de una carpeta

Microfibra negra dónde me llevás. Sobre un fondo blanco marco tus pasos. Vienen para mostrarme un arcoíris sobre dos nubes no salen gordas como quiero y, como no puedo borrar o tachar, las sigo agrandando. De repente ocupan toda la hoja y las rayas en las que irá el color quedan insignificantes. ¿Yo estoy arriba o abajo? ¿Vuelo o soy el trazo?

Del otro lado, me dibujo en mi habitación con una campera que luego pintaré de color verde manzana, tendrá bolsillos, gabinetes, cuellos con candados para guardar objetos que perdí: una taza de té voladora me lleva a sentarme en la cama con mi abuela y quedarme con ella hasta que se canse de contarme historias de la guerra, intento recuperarlas, de a poco, hacerlas parte de las hierbas que tomé ya forman parte de mi cuerpo. Familiares que no conocí, viajes que no sé si haré, retos de madres y padres a hijos que yo conocí de grandes. Luego, dibujo un pareo azul con florcitas color tierra que, en unas vacaciones, usamos como si fuera una lona. Al atardecer, el mar irradiaba una neblina y para secarnos rápido jugábamos a la pelota paleta, entonces esbozo cuatro paletas de madera, una pelota en el aire y los ojos de los cuatro en ese punto detenido. Pero por qué la sustancia de la fibra es fijar los recuerdos moviéndolos y me pregunto: qué otro momento fue de dicha. Y enseguida me doy cuenta que lo que dibujé anteriormente miente, hago un bollo, lo tiro al cesto de basura y empiezo otra vez.

Para llegar a una verdad hay que desconectar la cabeza hasta que la hoja deje de ser el espacio para la expresión de un porta útil y sea un portacuerpo. Así dibujo la cara de mi amiga, con rulitos, ojos enormes, aros brillantes, un collar ajustado y purpurina donde terminan los ojos. La microfibra en ese momento casi se mueve sola, después la dibuja subida a un árbol, después a las dos agarradas de la mano y cuando nos distanciamos, nos une a través de un cable de teléfono, un cordón umbilical. Esa palabra me da repugnancia, dejo los dibujos en el cajón del escritorio, dados vuelta para que no los vea nadie y miro el velador.

Qué rara es la unión, una cosa que llega a la otra, hace un camino, un recorrido, no es una ilusión. Es una relación. Tendría que preguntarle a mi amiga en qué consistiría la fabricación de una vaina, similar a la que envuelve la trenza de los cables de la luz, crearla juntas para atravesar la intemperie.

Ventana

Vino el encargado de mantenimiento de la escuela y dijo que, por el momento, no había dinero para cambiarme. Que iban a tener que idear de qué modo cubrirme para evitar la posibilidad de derrumbe y lastimar a alguien. Al otro día, se acercaron dos muchachos jóvenes con cartones, bolsas de consorcio y cintas de embalar y, subidos a una escalera, cubrieron mis partes rotas.

Lo primero que hicieron fue limpiarme con un trapo húmedo, luego me secaron, más tarde colocaron dos cartones, uno del lado de adentro y otro del lado de afuera, después los cubrieron con la bolsa y todo ese espamento lo pegaron con cintas color marrón. Cuando bajaron con caras de contentos, pensé, contentos de qué, para quiénes, por qué. ¿No se dan cuenta que me siento horrible? Parezco tapada con una frazada, qué se piensan que no sufro el calor, enyesada, cubierta, rígida, quizá era más fácil cambiarme que arreglarme, hubiese preferido irme a una fábrica de reciclaje en cambio de este vendaje, sino tendrían que haber dejado a los estudiantes en la clase de plástica diseñarme un vestido, un pantalón, una solera, unos zapatos, el cartón así colocado vuelve invisibles mis puntas de estrellas. Lo único que gano es que la chica amiga de sexto A mire hacia arriba y contemple este momento que no es estelar, es como estar internada. Escucho que ella le dice a la amiga:

- Esa ventana me hace acordar a una mudanza.
- Por qué.
- Cuando mi papá, después de mucho tiempo, volvió a la que era su casa para llevarse el resto de las cosas, las puso en cajas de cartón que había pedido en un supermercado y las encintó muchas veces, por arriba, abajo, a los costados para que no se cayeran sus pertenencias. Yo las recuerdo en filas, haciendo un camino desde la cocina, en la que alguna vez habíamos comido, hasta la puerta de entrada y salida. Las cajas parecían vendadas, entonces pensé, que una mudanza es una operación, queda tu alma al descubierto, a la espera de que alguien la saque, la guarde, la traslade, la desembale y la acomode en otro lugar. Es un proceso larguísimo una intervención quirúrgica, puede llevar años una rehabilitación.
- Además, esas cintas que colocaron una de manera vertical y muchas horizontales, parecen cruces de madera en una iglesia.
- Nos podrían haber preguntado si queríamos estudiar en un aula con una ventana averiada, ¿no? a mí me da la sensación de que se transformó en la habitación de un hospital.
- ¿Y si le pegáramos esta cinta scotch de colores?
- Qué, cómo.
- Decoraríamos una herida con nuestra amistad. Algo es algo. No es igual estar internado solo, a que alguien te vaya a visitar.
- Me parece una buena idea. Llamemos a los hombres que recién se fueron para que coloquen sobre la ventana nuestros regalos.
Soy una ventana con dos amigas que, recién después de una avería, se corresponden.

La señorita Verta

- Qué te pasa, ¿no pensás copiar?
- No.
- Dale, yo te ayudo.
- No tengo ganas.
- Y de qué tenés ganas.
- No sé. Pero de estar acá, no.
- Es que hay cosas que las tenemos que hacer igual.
- Ya sé pero no quiero.
- Y ¿no pensás que es peor que tengas que venir durante el verano?
- Me da igual.
- A mí, no. Tus amigos y tu familia se van a estar divirtiendo y vos acá conmigo mirando una carpeta.
- No creo que pueda venir en el verano. Mi mamá trabaja cerca del mar y no me va a poder traer.
- Con más razón, ¿no te parece que te herís si repetís? Sabiendo que podés hacerlo ahora.
- Nunca lo pensé así. Quizá. Puede ser.
- ¿No te daría lástima dejar de ver a tus amigos?
- A la única que me daría lástima dejar de ver es a amiga y no creo que deje de verla si repitiera.
- No te digo eso, te digo que la vas a extrañar. Ustedes son compañeras de banco, con quién te sentarías el próximo año. Si no sos amiga de los más chicos.
- Qué sé yo. Es un trabajo enorme.
- Cuál.
- Esforzarse acá también.
- Y dónde más te sentís así.
- En mi casa. Mi mamá no llega a fin de mes, mi papá se fue de la casa para reencontrarse, supuestamente, consigo mismo y al instante se puso de novio, o sea, me parece que se quería reencontrar con una mujer más que con él. O llegar a él a través de ella.
- Entiendo.
- No creo, es desesperante.
- Lo entiendo igual. Pero qué te parece si intentamos no profundizar esta situación.
- Me está pidiendo demasiado.
- Sí, pero estoy convencida que vas a salir adelante.
- Cómo.
- Dejándote ayudar. Cerrada es muy difícil. A veces tengo la sensación de que tu corazón es un globo de ladrillo que se está por derrumbar.
- Puede ser, ojalá, compraría otro.
- No quiero que compres otro. Tu corazón es hermoso. Qué te parece si lo intentás.

Padre

Sigo sentado en el piso de madera de un departamento prestado, un amigo, el mejor, haberme entendido: tomá, acá tenés, hacé lo que se te cante. Qué hermosa frase, cantar, tocar un instrumento invisible y que me sirva. Gracias al sonido me voy a levantar. Siguiéndolo en zigzag como si fuera una serpiente que reptar, ataca y se adapta. Así hasta que acomodo todo así no más, tampoco es que tenga tantas cosas. La verdad es que no. Y lo mejor es que no quiero tener. Los objetos me acorralan, cercan el espacio de mis sentimientos, mejor que tenerlos es desecharlos y quede un tiempo sonámbulo, dedicado, el piso liso sin cajas alrededor, un cenicero en la esquina de una repisa, dos o tres remeras, cinco libros, un par de pantuflas y el resto es una ventana fuera de la ventana. Ventanas por todas partes de la casa, grandes, chiquitas, con marcos de metal rojos, persianas rosadas y cortinas livianas que se mueven, acarician los bordes y salen hacia afuera sujetas de un barral, un brazo de madera que las sostiene como marionetas de una industria liviana, saber a dónde ir es una pregunta tonta, lo importante es saber de dónde uno se agarra. Departamento A, piso sexto, pasillo al fondo, contra frente. No pasa nada si la luz entra igual, podés estar al aire libre y sentirte oscuro, entonces, aunque estés en una celda, si tu corazón brilla ilumina el lugar en el que estás. Ahora es un momento que quiero que sea eterno. Estas ganas me llevan a seguir a otros que podría ser yo. Antes, por el contrario, era el que me devolvía mi familia, ¿cómo se entiende que el ser humano sea el reflejo de sólo tres caras? Con todas las que hay, las que existieron, las que uno puede conocer. Yo tomé una decisión, de verme a mí mismo en los demás, que hay personas distintas que te abren puertas que no sabías que tenías. En otra habitación hasta hace un año: pá vení, pá andá, ¿ya compraste?, cómo conseguiremos la plata para el alquiler, me cansé, no de las preguntas sino de que fuesen únicas. La necesidad lleva al mono tema, a la insistencia, a la contra imaginación, a la desesperación. Y ahí, dije: basta. Sin dinero puedo vivir, pero sin imaginación no, a no ser que ¿la imaginación será proporcional al dolor? Ese es mi punto. Y mientras reflexiono sobre cómo pasárselo para que coman, se vistan, vayan al médico, por lo menos acá las ideas no son un pegote de caramelo, uno arriba del otro, todos para uno y uno para todos. No. Si no hay que comer no se come pero comer cualquier cosa es inaceptable. Ahora acepto. No tengo comida. Y tendría que ver a qué me dedico. Porque en la oficina con los días que me tomé, me dijeron: no vuelvas más. Bueno, le pediré a mis viejos harina y sal y haré pan. Eso, pan casero y a salir a venderlo. Si hay amor la gente lo siente en el paladar. Así hasta que no me den más los pies, regresar con la canasta vacía, el cuerpo cansado y la cabeza llena de imágenes. Las plazas, los subtes, las estaciones de trenes, los edificios públicos y cuando llegue, baile y cante como una muñeco a pila que espeja el sinsentido del mundo o cientos de sentidos a la vez.

Árbol

Hoy madre e hija almuerzan debajo de mí. A la sombra, unos sandwichitos de pan con queso y tomate. La mamá trajo una botella con limonada, dos vasos, dos servilletas y dos manzanas. Yo escucho:

- Cómo estás.
- Bien.
- ¿Y vos?
- Bien. Me gusta que vengamos una vez por semana a la plaza a comer.
- A mí también.
- Con todo lo que pasó este último tiempo. Un vendaval.
- Con todo lo que nos pasó, querrás decir.
- Sí.
- ¿Vos lo extrañás?
- No sé.
- ¿Y vos?
- Sí. ¿Lo seguís queriendo?
- No sé, eso me pasa. Qué significa querer. Querer te quiero a vos, siempre me dan ganas de verte, saber cómo estás, cómo te fue, si necesitás algo, pasar el tiempo. Pero con tu papá, yo no sé, el último año, fue una sensación de arrepentimiento. Algo espantoso. Un zumbido constante en mis oídos: cómo es que alguien que te gusta, alguien que querés deje de hacerte las mismas preguntas que te hago a vos: cómo estás, cómo te fue, necesitás algo, las ganas de pasar el tiempo. Yo creo que el amor es un puñado de preguntas que brotan de las manos. Hay algo de la piel que llama a la otra persona. Es una comunión entre huellas dactilares, que en contacto, arman un país lleno de flores, frutos, animales, piedras preciosas. A ese país le pueden pasar cosas como a otros. En nuestro caso necesidades. Será que la manutención desgasta las preguntas que construyen el amor. A veces, se me da por pensar que tendría que ser al revés, pero no, sería pedirle mucho a un ser humano, una explotación. Entonces más que juzgar, me río, mucho, muy fuerte como me debés escuchar a veces, ¿el volumen de la risa será proporcional al dolor?
- No sé, má. La verdad es que son demasiadas cosas las que no sé.
- Y ¿hay algo que necesites saber?
- ¿Vos creés que papá va a volver?
- La verdad es que no. Ya te vas a acostumbrar. No quiero que persigas su sombra por la casa sino los momentos de luz, de flash. Y que te animes a revivirlos estén donde estén. No te aferres a las sombras.
- Es que cuando me llama siento exactamente eso.
- Los teléfonos son los fantasmas del amor. La actuación de un momento que se vivió de a dos. Le podés decir, pá: no me llames, me da miedo tu disfraz.
- Los teléfonos son un biombo que separa el cuerpo real de otro que se protege o te esconde.
- Yo no sé de qué te esconderá.

- De los sentimientos. Sentir es esto que nos pasa ahora. Estamos debajo de este árbol, la vida pasa y pasan conversaciones que no sabíamos que íbamos a tener. Sentir es no saber muy bien qué va a pasar con otra persona pero confiás. Antes de irnos, ¿tenés un liquid paper?
- Sí, tomá, para qué lo querés.
- Dejemos sobre la corteza de este árbol confidente, nuestros nombres. De ahora en más, él nos protegerá con sus ramas sutiles, sus copos de algodón, flores rosadas y espinas. Será nuestro amuleto para enfrentar lo que sea.
- Tomá, acá lo tenés.

Y percibí la inscripción sobre mi cuerpo de árbol: mamá e hija, 13 hs., noviembre del 2019.

Fue un regalo esta leyenda, esta conversación que nos unió en Medrano y El Salvador, Ciudad de Buenos Aires, hasta el infinito y más allá.

Madre

Cuando una está mal por qué se hace mal. Me acuerdo períodos en los que si me sentía sola en vez de salir, ir al encuentro de amigos, buscar alguna actividad para hacer, me hacía un ovillo de lana, empujaba mis hombros hacia adentro, la cabeza hacia abajo, la frente sobre las rodillas, los pies tocando un fondo suave, la tierra humedecida y compacta me envainaba, volvía en posición fetal a ser parte de una caparazón de semillas quietas, la vida dependía del azar, si llovía comía, si no llovía no comía, era un ser viviente sin mente.

Ahora es diferente. Si estoy mal miro para los costados antes de cruzar, me cuido de los automóviles veloces y transparentes que se cruzan de un lado al otro de mi cuerpo. Entonces, tejo un modo de darle un respiro al teatro de la cabeza para distraerla con las manos como si fuese una idiota, un niño encaprichado y una madre astuta que lo distrae hasta que se le pase.

Mis manos son mi auto entretenimiento, la madre que elegí para mí, son las que manejan las marionetas que representan mi desasosiego. Sentada en un sillón, al lado de la cama vacía comienzo a componer formas deformadas con lanas sobrantes. Hago varias del tamaño del corazón de un gato. Cuando las termino, creo que se parecen a las partes de la boca de un animal, la lengua rosada, los colmillos blancos, el paladar rojo, la saliva transparente y así. Y enseguida me doy cuenta de que estas bellezas, sin embargo, no podría venderlas en la feria. A las personas les gustan las formas formadas, por ejemplo, las cabezas de distintos animales, las corolas de las flores, el cuerpo humano por fuera, es decir vestido, no desnudo y por dentro. Y sobre los gustos me quedo pensando y ya me olvidé del dolor, ahora se convierte en una pregunta, no sé si es algo que se impone, un misterio practicado o una predicación y creo que, algún día, voy a exponer tejidos de los sentimientos y en vez de causar asco, repulsión, rechazo, los clientes se identificarán con esas membranas indiferenciadas. A mí me encanta acariciar el pecho de mi gato, si viera una réplica en un prendedor o para un collar me lo compraría, ¿y si viera su cráneo, la representación del instinto que se activa al cazar, un pájaro en su boca, su ojo clavado en la presa? Eso espero que también sea comprendido, no hay latidos sin alimento, supervivencia o instinto. No hay relaciones sin resbalones, altibajos, sin saber. Por qué no mostrar las formas que hacen que las cosas funcionen.

Camino

Los caminos de las personas se cruzan: hola, cómo te llamás, a qué te dedicás, dónde trabajás, cuántas horas, los chicos a qué colegio van, qué pensás de la situación económica del país, tu niñez qué recuerdos te trae, así que conocías a este autor, qué coincidencia, cuando quieras podemos volver a vernos.

Pero, a veces, el hecho de que te gusten los mismos temas, que te unan los mismos recorridos hace que pase algo contrario a lo esperado. A mí me pasó de creer que una persona era parecida a mí por mis gustos musicales pero un día nos dimos cuenta que esa afinidad no significaba nada. Me dejó colgada, me dice que viene, no viene, tengo que pagar siempre yo nunca tiene plata, me dice que me va a llamar para que nos reunamos en su casa llena de gente y, a último momento, ya salieron, no me avisó, se le pasó. Entonces algo falla.

Encontrar a otro en una esquina, la puerta de un lugar, adentro, que encienda lo que nos guste y lo entienda de una manera parecida a la nuestra es una compañía supra real. Un camino ideal sería: milagro, descanso, asombro sin confusión.

Hermano

“Ojos que no ven corazón que no siente”. Pienso mientras no veo la nueva realidad porque la vez que me la presentó mi padre, mi pared, fue: hola hijo, vení, pasá, sentite como en tu casa, no tengas miedo, con confianza, animate, mirá, ella es mi nueva mujer y te invité para presentártela. Mi nuevo amor. Me acuerdo de las luces bajas, amarillas, como si hubiera candelabros encendidos en una iglesia en vez de lámparas, no parecía una casa sino una iglesia, un departamento de paso por un canal de parto. Daba la sensación de que hacía mucho no se abrían las ventanas, olor a flores frescas y secas a la vez invadía la boca cuando hablábamos. Respirar me mareaba. Sin embargo, me quedé parado ahí, sabiendo que en cualquier momento podía irme por la puerta, era fácil. Agarrar una manija, traerla hacia mí, maniobrar para abrirla, luego cerrarla, tocar el botón del ascensor, la perilla roja de la luz del pasillo y ¿abajo? Cómo se abriría la puerta de abajo, ¿habría algún portero?, ¿tendría que tocar el timbre de adentro para que ellos la abrieran desde arriba?, ¿y si no lo hacían porque los había lastimado?, ¿y si me dejaban en el hall de entrada como un paragüero?, ¿por dónde saldría?, ¿tendría que golpear la puerta de algún vecino, explicarle la situación, pero cómo?, ¿cómo explicarle a un vecino la situación de que estaba huyendo de la casa de mi padre?, ¿llamaría a la policía, nos requisaría, saldríamos en los diarios, llegaríamos a los tribunales? Si me sentía sofocado en un departamento, supuse que sería peor en un juzgado aunque fuese un edificio inmenso, con cientos de ventanas, el piso encerado, olor a desinfectante por todos los rincones, ojos caídos de las personas que trabajan ahí, sólo los anteojos erguidos, mirándome, serían cristales los que me reflejarían tal cual soy, no como los ojos, vuelvo a repetir, pegados a papeles por ser llenados, firmados y despachados, un peso, los chicos qué culpa tienen, no importa, pero aún sin culpa, tienen que hacer lo que dictan las leyes, los padres, qué vamos a hacer, sino directamente es sacarles la tenencia, pero tiene que pasar algo, no tener una novia camisa blanca ajustada, con una sonrisita chirriante, metálica, los dientes de arriba apretando a los de abajo, una mueca que contiene los desastres. Entonces me quedo por un momento en silencio, escuchando el latido de mi corazón, galopa, no sabe dónde esconderse, lo acaricio pidiéndole calma, ya pasa. Soy dos hijos a la vez, uno que protege a otro que no sabe por qué repite frases que no cree: esta mujer es buena, esta mujer te va a querer, ya vas a ver, es cuestión de tiempo llevarnos bien, haremos lo posible, pero el cuerpo increpa a las palabras, es la voluntad dura, se impone y gana. Las palabras son antifaces holgados, se crearon para quedar bien, si no para qué se crearon las palabras que suavizan un mal no se puede suavizar. Esa novia, diablo debajo de la camisa parecía que sentía: espero que vengas poco. Nunca te daré las llaves de nuestra casa. Qué macana estar con un chico que a su vez nació de otra. Si soy la única. La señora de este departamento. Tu papá me encanta. Siento que lo tengo. Se fue desde allí hasta aquí. Este es su domicilio de chocolate. De ahora en más será la guerra. A tu hermana y a vos los disuadí con confites, justo en la cara, en los ojos, caerán lágrimas. Lo único que les quedó, acá la tienen, es esta canción manta manchada, con restos de comida, de lo que algún vez fue cierto.

Remera

- ¿No pensás sacarme nunca de tu cuerpo?
- Nunca.
- Pero ya tengo la forma del tuyo, estoy perdiendo la mía.
- Lo siento.
- ¿Viste el almohadón donde duerme tu perrito que, de tanto tiempo que se lo pasó ahí, perdió la forma de almohadón y adquirió la suya?
- Sí.
- Eso nos está pasando. Date cuenta, no nos perdamos. Este es el momento. Una hermosa mañana de otoño, empieza a hacer frío, buscate otra, que quiero sentir lo que sentía antes, cuando no estaba estrenada, era nueva, tenía un perfume especial.
- Qué te pasa, ¡ahora sos coqueta!
- Quiero saber después de cinco años, me compraste en primer grado y ya estás en sexto, cómo era aquella vida.
- Si te saca de mí tengo miedo de que me abandones.
- Y cómo te lo haría saber.
- Dándome alergia, qué sé yo, un picor. Después de ponerte en el lavadero con jabón en polvo y suavizante.
- Lavame a mano.
- ¿Eso querés?
- Y bueno, ya que estamos.
- ¿Cómo un perrito?
- Sí. Sería vivir otras emociones.
- Está bien. Esperá que busco otra.
- Te espero.
- Vayamos a la bañera.
- No me laves hecha un bollo, estírame, poné el agua tibia y extendeme para hacer la plancha.
- ¡Cómo aprendiste a disfrutar del mar, eh!
- Y si durante el último verano nunca me sacaste de encima de tuyo.
- Tenés razón. Sos tan linda, negra, con tu carita blanca, hecha de pinceladas alas de pájaro, tus ojos, boca, nariz y orejas hechos de plumas. Tu rostro me transporta.
- Y dónde te lleva.
- A una sala de estar nocturna en la que sólo existen estrellas y logro verlas de cerca sin necesidad de telescopio.
- Cómo es eso.
- Entender la materia estelar es una fusión entre seres animados e inanimados. Un lenguaje anti evolución, que produce una comunicación entre plantas, animales, piedras y personas, a través de impactos de luces que se proyectan de los ojos, bocas, poros, fisuras.
- Vos continuá, que sobre el techo del baño, me imagino lo que contás.

Amiga

- Ah no, que te pregunte algo y te quedas callada lo entiendo, pero que me empujes, no. Qué te pasa, ¿estás loca?
- No, no estoy loca. Te empujo por tu provocación.
- ¿Una pregunta te parece que es lastimarte?
- Sí.
- Estás mal, muy mal. No vine con tono agredido.
- Agresivo, querrás decir.
- Agredido, me gusta más.
- Viniste con tus palabras guardadas.
- Para nada, estaban en mi lengua y para protegerte te las preguntaba para evitar que te las hiciera todo el grado.
- No te creo.
- Problema tuyo. Yo creo que me estás cambiando por otras personas o cosas, quién sabe, a qué o con quiénes hablás.
- Con cosas que me entienden.
- Ah sí, me imagino: tu almohada, tu ropa, el plato de comida, el árbol, el camino, la carpeta, la mesa que corrés para hacer entrar la silla.
- Callate de una vez, qué decís, cualquier cosa.
- Vos, que no te das cuenta que si alguien te pregunta algo que no te gusta, no significa que no te quiere más.
- Tus preguntas me insultan. Qué significa: ¿te gustaría que los demás sepan que tu mamá ya sale con un chico parecido a un florero antiguo y tu papá con un maniquí?
- A quién le importa.
- A los chicos que me preguntan a mí por estar con vos.
- A vos porque no te pasa. La vida dada vuelta como una media. El corazón estrujado como un trapo color amarillo que limpia las migas y restos de leche volcada por todas partes, no tengo solución.
- ¿Te referís al trapo que hay en la cocina de tu casa?
- Sí.
- Bueno, a la tarde cuando salgamos de la escuela, preguntale a tu mamá si puedo ir y, con un marcador negro, le hacemos un par de ojos, nariz y boca y hacés que hable, así te das la posibilidad de que sea un títere que representa tu mundo interior.
- ¿Vos me estás cargando?
- Al contrario, hasta que no hagas ojos, bocas y narices en los objetos que tocás, tu cuerpo no va a hablar. Es más, te presto el mío para que dibujes otros ojos además de los que tengo, otra nariz y otra boca, para que, en cambio de empujarme, le cuentes, aunque sea a la parte inventada, qué te pasa.

Hojas dentro de una carpeta

Sacar las hojas dentro de una carpeta. No hacer el deber. Negarme. Dejar de escuchar imploraciones con la forma de un camino de hormigas. Una detrás de la otra. La señorita. El padre. La madre. La directora: qué te cuesta, hacela, así pasás de grado. Son palabras de un futuro falso. Me tratan como a un perro. Quieren seducirme con una pelota en una plaza: tomá, olela, andá a buscarla. Yo no tengo ganas. El deber me cansa. Ya tengo billones de deberes microscópicos, células blancas, glóbulos rojos. La palabra.

Desmotivación. Desgano. Desdicha. Dependencia. Delincuencia. Yo no tengo problema. Que me lleven donde me quieran llevar. A secretaría, a dirección, al comedor de la casa de mi amiga, así la madre se queda al lado mío estupefacta, acompañando lo que supone es un tiempo de rebeldía por falta de motivación, cuidado, compañía. Y la haga perderlo hasta que se canse y le den ganas de mandarme a mi casa.

Entonces llego a un punto nódulo de la desazón que me provocan estas hojas rayadas y cuadrículadas vacías, enganchadas en una carpeta negra y es el hecho de que algo me importa. Quiero estar con mi amiga. Un punto hecho con lápiz negro sobre el renglón de una hoja pasada. No sé dónde quedaron mis cosas, mis cuadernos anteriores si es que quedaron en algún lado, porque después de la última mudanza me parece que los tiramos. Y no me puse triste por eso y, me pregunto, por qué ponerme triste ahora. La familia es una panera de plástico entramado que de tanto manoseo se rompe y no se puede pegar. El material es hermoso y peligroso. Lo disfrutás hasta que se pronuncia y dice: no va más.

Esta familia quedó conformada de la siguiente manera: la base despegada en un rincón, los bordes partidos en dos en el piso y el pedazo de una florcita fue a parar sobre el techo del aparador. Pienso a partir de la rotura, en que yo soy la florcita que salta. Mi mamá es la base, mi hermano y mi papá el óvalo partido en dos que, al juntarse, hacían el volumen del recipiente para que no se cayera el pan. Pienso, si además de estar acá arriba quiero ir de visita a otros sitios de partes estalladas y me doy cuenta de que no puedo. El único lugar en el que quiero estar es en esta hoja que comienzo. Por eso, en cambio de hacer deberes que me dictan manos invisibles en mi mente que zanja la zanja que tengo en mi corazón, dibujo, ellos me ayudan a entender lo que pasa, me relajan. Pero me doy cuenta que si dejo la escuela no me comprarán más hojas y carpetas. Haré lo mínimo, de la manera más rápida posible, en pos de tener tiempo. Y arranco la hoja, hago un abanico, en cada segmento dibujo caras de bebés y las pinto. El bebé abanico será el primero de los objetos que haga para mí, para hacerme compañía, será un útil. De ahora en más serán ellos quienes me ayudarán a traspasar lo que me parece una hazaña, cruzar una herida a pie.

Ventana

Uy no, quiénes son los hombres que entran a esta hora al aula. Viernes cinco de la tarde. Los estudiantes se fueron hace una hora, las autoridades también y la última que entró fue Mary para barrer, borrar los pizarrones, acomodar las sillas y las mesas.

Escucho que uno le comenta a otro:

- Va a ser complicado sacarla de ahí, antes las adherían con pasta, cuesta despegarla es dura, por suerte ahora, con esta silicona será fácil.
- Bueno, quién sube.
- Si querés voy yo.
- El tema es cómo despegarla de donde está.
- Yo diría por partes. Primero empezaría por la parte averiada y luego por la parte sana, esa es la más complicada. Se quiere quedar donde está.

Y vi cómo un hombre con mameluco gris, no más de cuarenta años, con una gorrita roja, se acercaba lentamente y no me dio tiempo a pensar en nada, sólo sentir ese dolor. El hombre con un martillo golpeó alrededor de la parte que se me había caído un año atrás, pum pum pum y se desprendió una fracción sustancial de mi cuerpo. La verdad es que no fue grave, sólo me ponía triste no ver más a los chicos, la chica, su amiga, a las que yo consideraba amigas, ellas sinceramente no sé, sólo una vez elevaron la vista hacia donde estaba, pero esa única vez fue para siempre por el vestuario que me hicieron, me entendieron. Porque también hay amigos que te miran para sacarte información, pedirte prestado algo que vos querés mucho, poner a prueba el amor, es estúpido, un show. Para no sentir vértigo, mientras tiemblo por los golpes, me detengo en la expresión: “una vida por delante” y cae la última parte que estaba adherida al marco de la ventana que estalla en mil pedazos en el suelo. Esas astillas invisibles escriben un mensaje que, dudo vaya a leer la chica amiga, pero lo dejo igual: “querida, no te imaginás lo bien que me hizo durante todos estos años saber que, día tras día, iba a volver a verte. Espero que te vaya bien. Te quiere”. La ventana de séptimo grado A.

La señorita Verta

A veces pienso en la palabra “pedido” hace ruido. Qué. A quiénes. Por qué motivo. Es una forma de ver faltas donde podríamos, en cambio, ver sobras. No son agradables. Juntas no son el paraíso. Entonces bien, busquemos otras, hasta decir era ésta la que quería, después de hacer la fuerza que requiere abrir la tapa de un frasco de mermelada. Y se me viene a la mente, como sensación contraria, la palabra fotocopia para ayudar a mi alumna a que abulte su carpeta, la entregue, la corrija y la apruebe. Me siento los fines de semana y escribo consignas que luego, fotocopiaré y pegaré en hojas de carpeta: “Asumir un deber es ponerte bien”. “Aprender escuchando”. “Las faltas del sistema educativo son los correctivos que aplicamos a los chicos pocos divertidos”. “Los chicos que lloran no se abandonan”. “Estoy orgullosa de vos”. “El lenguaje es un sistema de signos que hay que enjugar, pasar por el colador y condimentar como si fueran fideos”. “Nunca dudes de tu tono”. “La verdad no pide permiso”. “Tu tono es la verdad”. “Para sacar algo del cuerpo hay que adosarle patas y convertirlo en insecto”. “Pensar para actuar”. “Saber para no esconder”. “La escuela es un pasadizo de cristal”. “La obsesión es una pérdida de tiempo”. “No cumplas pedidos que excedan tu estatura”. “Hay que hacer un esfuerzo para ir todas las mañanas a un lugar”. “Si tu familia no te entiende, no te entiende”. “Manos a la obra con la amistad”. “La sintaxis sirve para clasificar un continuo flujo líquido”. “Mirala hipnotizada como si fuera una zanja”. “Creer para no dar el brazo a torcer”. “Las palabras acompañan tu vida diaria”. “Convertí la vida en un antónimo de regular, fijo, acostumbrado”. “Los diccionarios no doman los caballos”. “Cuando un libro se abre comienza una función”. “Creemos una función”. “Tus lápices son marionetas”. “Lo mismo la goma de borrar”. “Borrá lo que no quieras más”. “Servite del lenguaje sin permiso”. “El idioma es una bandeja de masitas finas”. “Desconfiá del que tape la boca con recetas”. Así estuve todo el fin de semana. Por cada tarea que le faltaba completar pensé una cita, una frase, slogan, un grafiti para que la alumna, el lunes de la semana siguiente, pegara. Los directivos podrían darme una reprimenda. Argumentando: “La docente de séptimo grado A está faltando a la verdad. Una carpeta no es un conjunto de pancartas”. Tendría que defenderme para poder defenderla: “Estimados directivos y personal de esta institución. Ante su acusación lo primero que se me ocurre preguntarles es: qué es una carpeta. Ustedes dirán que es un útil constituido por dos tapas negras con tres ganchos que sostienen hojas para que los estudiantes copien los temas que los docentes desarrollamos en horario de clase. Pues bien, lamento comunicarles que una carpeta es, por tal motivo, un objeto inanimado que para completarse requiere del ánimo de los estudiantes. Si los estudiantes no tienen el ánimo suficiente para completarlas, ¿ustedes dirían que esos objetos dejan de ser tales? Yo más bien, separaría las aguas pidiéndoles que en esta escuela las carpetas sigan siendo carpetas por su carcasa, los cartones y los ganchos metálicos y no por los conflictos que viven los seres humanos. Si las sustancias no se modifican será más fácil que aquellos se trepen a éstas, como si fueran barcos quietos en medio de un temporal”. Los saluda. La Señorita Verta.

Padre

Qué es el sexo si no es una huelga que reclama un estado caramelo. Desde que me mudé a este departamento prestado por un amigo, creía que mi alma era la pantalla de un televisor blanco y negro abandonado que igual proyectaba luces y sombras de los canales de aire. Así estuve siete días convertido en un árbol quieto atravesado por un aparato muerto. Pero se acabó. A la tarde salí, cuánto hacía que no caminaba solo, sin llevar peso de más, listas interminables de deberes por hacer; después de unas horas, quedé tan contento que me senté en un bar, pedí un cortado y miré simplemente por la ventana. La conexión era ojos vidrio azar. Nada más. Sin que interrumpiera ningún pensamiento. El esplendor del presente en mi cuerpo, abrazado por el aire fresco de una confitería cualquiera de la ciudad. Mezcla de aroma a quemado y jugo de naranja. Perfume, ropa pegada, el aroma de los cuerpos. Así fue que vi a una mujer y le hice una seña para invitarla a sentarse conmigo. Me atreví y aceptó. Se llama igual que mi ex pareja, qué justito, qué macana, o qué sé yo, a veces pienso, por suerte porque nunca me confundiría de nombres aunque me confundiera de persona. Qué increíble es la flecha del amor, en una ciudad bosque, cazados. Porque creo que lo busqué. Prefiero ser presa más que libre. Y pienso enseguida que los fundamentos, a partir de los cuales me separé, no sirven, no sirvieron para nada, son inútiles, porque vuelvo a cometer el mismo ¿error?, ¿evocar la misma ilusión, la misma esperanza? De querer estar con otra persona una vez más, pero quisiera ser claro conmigo mismo, entonces por qué me fui, si yo era amado por otra persona, si yo ya estaba con otra persona. Y después de unos segundos me respondo, pero hubo desgaste. Del día a día, las obligaciones, la familia, son mochilas, cuesta caminar, estar sentado, de una manera liviana, como ahora, es otra cosa. Tomamos un café. Pido la cuenta y le propongo llevarla al departamento. Ella acepta y cuando llegamos, no salimos hasta el otro día. Podría haber sido la vida entera. Qué simple es un cuerpo. Qué paraíso cuando hay dos y le propuse convivencia. Y ella creyó que era por conveniencia porque se dio cuenta enseguida, por cómo vivía, que no tenía mucho trabajo. Aclaré punto seguido mi situación económica: trabajaba en una oficina de la que me despidieron pero ya estoy con ganas de armar algo propio, vender sombreros o cócteles en la playa. Una vida dividida. Mitad acá. Mitad en otro lado. Así no nos cansamos. Qué te parece. Y contestó que sí. Pasarlo bien, al regresar del trabajo traería comida. La condición, es que no entren y salgan chicos como si fuera una confitería. Este será nuestro refugio con techo de paja, una mesita, dos sillas, dos vasos, hielo y dos bombillas transparentes. Así brindamos por la reencarnación del amor. Yo no creía. Pero es real.

Árbol

Las cosas pasan igual, más allá de si uno u otro las crea o las quiera crear, son palabras dijes, inseparables una de la otra, siamesas. Una tarde como tantas, los chicos estaban arriba mío, charlaban, lloraban, reían, se divertían. Hasta que comenzó a soplar un viento muy fuerte que produjo que se desprendieran mis copos de algodón llenos de semillas pero a diferencia de otras veces que se desprendían y caían al suelo, esta vez se deshacían en el aire, parecían tironeados y deshechos. De esta manera esa pelusa blanca comenzó a inmovilizar los cuerpos, los juegos, las veredas como si se tratara de nieve, una escarcha suave, tibia, blanda. El viento y yo creamos un paisaje extraordinario en una tarde común como cualquier otra. Hicimos una maqueta sin igual que demoró una hora en constituirse y desaparecer. No más. Pero fue suficiente para producir un disparate. Qué es. No puede ser la vida usual, rutinaria, arbitraria, fija, establecida. ¿O sí?, ¿el antónimo sería la vida extraordinaria?, ¿en qué consistiría?, ¿en una vida de cuentos?, ¿sería la vida de los escritores, los pintores, la vida de los que pueden viajar? Y pienso en mi vida de árbol. Por qué algunos podrían viajar y otros no, como yo, aquí plantado de una vez y para siempre. Y pienso también en la vida de un escritor. Que viaja sentado adonde tiene ganas y sus palabras llevan a los demás a un sitio para luego regresarlas hasta sus casas. Ellos no comen papel, no se visten con papel, no pagan su comida con papel, entonces, además de escribir, salen de sus estudios para hacer mandados, cocinar, lavar la ropa, dar clases. ¿Esas actividades no son las que los inspiran también para crear nuevas historias?, o ¿hay situaciones inspiradoras y otras que no lo son?, ¿cuál es la derivación de la inspiración?, ¿existe, cuál es el costo? Para mí la vida ya es excepcional. Despertar, querer o no querer hacer algo, deber hacer o no hacer algo, es una encrucijada de preguntas pesadas y volátiles a la vez. Una sensación envuelve a otra, contaminándola, lleva un montón de tiempo entender de qué se trata. El contacto visual, auditivo, táctil entre las personas. Entre las personas y los objetos que maniobran. Entre ellos y los de más allá. Se abren las compuertas y pasa esto. Un paisaje es un dejarse estar. Plantado como nosotros. Estado árbol. Fijo y móvil a la vez. Mareados no sabemos dónde comenzaban nuestras vidas y dónde continuaban la de los demás. Qué raro. Es un desconocimiento hermoso. Yo lo pude ver pero no lo puedo transmitir. El lenguaje de un árbol es el lenguaje del viento en la cara. Un día como cualquier otro.

Madre

Mientras me ducho, espuma blanca se desliza por mi cuerpo y queda entre mis pies una calavera, enseguida la muevo con el dedo y se transforma en un feto de espuma sucia. Entonces tengo un presentimiento: estoy embarazada, y no me di cuenta, de amor frasquito. Se vació de golpe, como un antibiótico, una mermelada y no queda nada. El dinero. Lo busque donde lo busque no voy a encontrar. Qué hago. Qué voy a hacer. Qué le digo. A quién. Y es así como una ducha ligera se transforma en un arca pesada de preguntas sin respuesta. Salgo de la bañera así nos más, en el pelo todavía tengo restos de champú, me seco con una toalla, me visto con la misma ropa que me había sacado y con la billetera, cuanto mucho tenía 100 pesos, voy hasta la farmacia y compro una prueba para saber, después en casa, si estoy o no. Es media mañana y, mientras espero el minuto que tarda un químico en fusionarse con mi orina para expresar un resultado, noto el silencio alborotado: en la que me metí, quién me manda, me dejé llevar por un hombre de la mano, qué pensaba. Y encima después, no me importó que dijera no tengo profiláctico, porque lo conocía de antes y pensé que ese momento era algo que tendría haber pasado hacía muchísimo tiempo y, por circunstancias que no entiendo todavía, no había ocurrido. Yo estaba preparada para encontrármelo. Al hombre cofre, cantautor, opuesto a queja: vamos para allá, vamos para el otro lado, no necesitamos mucho más para sentirnos bien, sus palabras en algún punto se parecían a las de mi ex pero en él iban a ser distintas, que no se iban a fracturar ni bien llegara la cuenta de luz, me dejé llevar por una voz que sería incapaz de enyesarse pero después de esa vez, no lo vi más, no por no querer sino porque no se dio y ninguno de los dos buscó al otro para darle continuidad a una ilusión. Quizá era eso solamente, una especulación, comprobar si en otro cuerpo las mismas palabras producían sentidos inequívocos. Qué voy a hacer ahora si el test da positivo si estoy pensativa negativa. Y dicho y hecho. Después de un minuto veo dos rayas rosadas sobre un fondo amarillo y, en cambio de quedarse paralelas, las veo cruzadas, crucificadas. No me siento bien. Me baja la presión. Estoy sola en casa. A quién le voy a pedir que me traiga un vaso de agua. Qué hace este esperma en mi cuerpo. Es una esperanza espesa que espera de mi parte una respuesta que no puedo. Lo primero que quiero es sacármelo. No sé, no tengo contactos, tengo que hacer un trabajo de averiguación. Y después pienso lo contrario, qué pasaría si me lo quedo. Es alguien que no esperaba pero por ahí es bueno. Tengo miedo. No quiero contárselo a él, primero necesito un tiempo para saber qué quiero yo. Así es que me pongo el plazo de dos semanas para tomar una decisión. Es una tarde perdida. No pude hacer nada más que estar echada en la cama. Mis hijos llegan a la hora de la merienda y me preguntan qué pasa, qué tengo, por qué tengo la cara mojada, el cuello, la panza. Y no sé qué les contesto. Algo así como que ahí tienen todo para hacerse. Descanso un rato y ya estoy con ustedes. Pero es mentira. Quiero que mis lágrimas alborotadas me salven del lugar en el que estoy.

Camino

A partir de hoy la vereda de la puerta de la casa de toda una vida unida, comienza a romperse. Los trabajadores de una empresa eléctrica venían preparándose, ponían y sacaban un corralito de madera para interrumpir el paso diario, hacer un pozo y que las personas no se cayeran.

Ese movimiento lo escuchamos durante un mes aproximadamente. Las baldosas suponemos que no se decidían a realizar una obra por falta de comunicación, presupuesto, desperfecto técnico. Eso sí, desde las ocho de la mañana y hasta las ocho de la noche acá hubo un grupo de hombres que protegieron sus puestos de trabajo.

Esperaban una orden. Que desde alguna oficina céntrica llamaran al encargado y le dijera: ahora sí, comiencen. Porque este desperfecto tendría que haber estado resuelto para ayer. Así fue como comenzó el día, por una intuición a partir de un sonido. Traían una perforadora. Entonces supusimos que era eso lo que faltaba, la máquina, no era un problema de mala voluntad. Fueron cinco operarios que rotaron durante la jornada de trabajo. El manubrio pasó de mano en mano, cada hora y media aproximadamente. RRRRRRR. RRRRRRR. RRRRRRR. RRRRRRR. Esos ruidos del principio los escuchamos estrepitosos e inútiles. Hacían mucho espanto para romper una o dos piedritas. Hasta que nos dimos cuenta que algo que está construido hace mucho tiempo, como por ejemplo, una familia, no se deshace de una sola vez, como un tomate, una frutilla, sino que es más parecido a cortar carne, el cuchillo primero delinea el pedazo, luego se hace un surco, se lo refuerza, más tarde se hace una fuerza total, con la inclinación del cuerpo entero sobre un fragmento muerto, la carne en cuestión, o una baldosa y por último, se clava el filo en el último nervio, cable, hilo grueso de grasa u adoquín hasta despedazar lo que estaba unido de manera natural o de manera artificial, un cuerpo con cemento. Una vez destruida la primera capa enseguida supimos que nuestro destino era el destierro. Al cabo de una jornada que le llevó a la empresa destruirnos y amontonarnos, la sobrevida era esperar lo que sería la desesperación, es decir, la desaparición de la faz de la tierra porque seguro nos irían a usar como escombros para tapar cimientos.

Pasar de vivir en contacto con el paso de las personas y los perros, a vivir debajo, por simple decisión de un empresario o por necesidad impiadosa de los clientes, que claro, se quejan porque no es lo mismo vivir con luz que vivir sin ella. Pero ellos, ahora, iban a vivir iluminados a costa de que nosotras, a partir de la noche, íbamos a ser enterradas para serles útiles a otros emprendimientos. ¿La disconformidad no cuenta para las piedras? ¿Alguna vez alguien vio una milicia de piedras y baldosas? No, por eso, vivimos en la resignación, es terrible, pero es así, nada por hacer, a no ser que, al darnos cuenta nos escapemos, enganándonos en la suela de los zapatos de las personas que pasan y cada cual siga un camino distinto para resistir.

Hermano

Hubo una vez en la que golpeé la puerta: hola, qué tal, cómo estás tanto tiempo. Y enseguida me di cuenta de un desacomodamiento durante mi ausencia. La vez que me escapé, ese caño de escape, había dejado la casa de mi padre llena de humo y gases en combustión. Enseguida me ofreció un té y unas galletas con manteca. Me senté alrededor de la mesa pidiendo permiso, un permiso especial, un permiso desconocido. Y él me respondió: claro, sentarte donde quieras y entendí que era donde pudiera. La que por un período muy breve, un día o dos, había sido mi casa, ahora era la cama de mis hermanos. Uno dormía sobre la que antes estaba mi almohada y el otro, en el que estaban mis pies. Las que habían sido mis sábanas ahora cubrían la cama de la empleada doméstica. Y un simple cuadro azul con la forma de un rey gris de cartón que decoraba la conexión de mi corazón con el espacio externo, ahora divertía el cuarto de los chicos. Cómo estás, qué bueno que hayas venido. Yo no estaba tan seguro de que una visita fuera buena si me desacomodaba. Quería estar erguido pero mi espalda se inclinaba como una fina espada de plástico sobre la mesa en busca de una hormiga que, una vez sentada en mi lugar, había comido una miga de pan con azúcar. Qué ridículo el tiempo. Qué pérdida. Entonces hablamos de tonteras: qué tal mis estudios, mis amigos, mi futuro, pero había temas que no se tocaban nunca, como el dolor. La sociedad inventa una vidriera de temas buenos y a los malos los esconde en el último cajón de una cómoda que es incómoda, tener que agacharse hasta allí para hablar. El lenguaje estalla y, casi sin darnos cuenta que había pasado media hora, mi padre agarra la guitarra, se pone el sombrero de playa, se descalza y recita un cancionero viejo. La puerta de la alacena se abre de golpe y comienzan a salir en hilera hormigas rojas que, las canciones al culminar, las vuelven negras. Mi padre me pregunta si me gusta lo que cantó y cuando me paro para aplaudirlo me caigo en el piso porque me resbalo con el agua que había salpicado la pava antes de hervir. Ya busco un trapo, digo internamente, pero no puedo, me respondo, internamente también, porque me duele la pierna y cuando me dan ganas de llorar directamente me paro y no lo hago. Antes de irme terminé el té como si la vida, en esa casa, fuese la sala de espera de un velorio que nos protege de la muerte.

Remera

Era hora de que me llegara una zambullida de color. Pileta de lavar con tapón. Cargada de agua por la mitad fría. Por la mitad tibia. En algunas partes anudada con gomitas, era la antesala de un no me importa más, voy a experimentar, con esta remera que ya me queda chica, a ver si sigue siendo ella si cambia de color. Primero toda una noche en un balde con lavandina, quedé gris, una anciana niña y luego, en tu escritorio despejado, utilizaste el batik para cambiarme el aspecto. Cuatro nudos. Dos simulando ojos, otro una nariz y por último, una boca. Entonces sobre un fondo de nieblas aparecía con cara de payaso. Una vez que estuve terminada se la probó y nos miramos en el espejo:

- ¿Y qué tal quedaste?
- Bastante bien, qué te parece a vos.
- A mí me vas a encantar siempre. Como eras antes, negra con letras blancas y como sos ahora, mi hermana payasa.
- Qué ganas tenía de que me ayudaras a cambiar.
- ¿Te gustó esta idea de desteñirte y pintarte con anilina colorada?
- Y sí, porque si bien siempre nos comunicamos nunca había tenido cara.
- Yo me la proyectaba.
- Y cómo.
- Cuando te olía para saber si estabas sucia o limpia, cuando acercaba mi cara quedaba dibujada la tuya.
- Como si fuésemos un doble. Humana y objeto.
- Tal cual.
- Pero no es así, lo que decís es una incoherencia. Porque vos tenías la posibilidad de verte cada vez que quisieras distinta, abandonada, arreglada, de entrecasa. En cambio yo...
- Por eso tomé esta decisión. Además quería comprobar que el aspecto de las cosas no cambia las cosas. Te quiero igual aunque no tengas nada que ver con la que elegí aquella vez.
- Y cómo te das cuenta de que sigo siendo yo.
- Al tacto sos inconfundible. Como si agarraras la mano de alguien o si otra persona te tocara la cabeza. Enseguida sabés. Hay formas de hacer las cosas que cualquiera podría y, sin embargo, se vuelven especiales en personas o cosas especiales.
- Además hay un perfume que creamos juntas.
- Exacto. Hay prendas que, como si fuéramos animales, si te las ponés no te perdés.

Amiga

- ¡Basta! Me cansaste, no puede ser que cada vez que venga, estés dormida. Y tenga que golpear las palmas de las manos como si estuviéramos en el campo, la tranquera cerrada, la casa, la puerta de tu dormitorio.
- ¿Basta?, ¿vos me decís basta?, ¿basta de qué?, ¿qué te hice yo a vos que sea para tanto?
- Tu tono. Aletargado. Zombie. Mitad muerta mitad viva. Me das bronca, ¿hasta cuándo?
- ¿Y vos quién sos para ponerme un límite?
- A partir de hoy nadie. Hasta ayer era tu amiga. Ahora me réquete pudriste.
- Andate.
- Claro que me voy a ir pero cuando yo quiera, no cuando vos me pidas. Justo ahora que te despertaste, con lo que me costó, te voy a decir un par de cosas más.
- A ver qué más, cuántas tenés para decirme, idiota.
- ¿Idiota yo? Idiota vos que hace cuatro años te venís arrastrando desde segundo grado, date cuenta estamos en séptimo y si no fuera por mí, casi repetís.
- ¿Repetir yo? Repetís vos, inadaptada, una y otra vez palabras que no escucho, no me llegan, al final sos un final.
- Lo mismo digo, yendo de un lado para el otro. Qué soy para vos, ¿tu carretilla?, ¿eso soy? Un aparato, dos o tres ruedas, un triciclo, porque la verdad es que te comportás como un bebé.
- ¿Y por qué estuviste todos estos años conmigo?
- La verdad es que no sé, qué pérdida de tiempo, que pérdida estuve, para no darme cuenta de que todo el día en la cama, con el alma por el piso, tus lágrimas en el tacho de agua del perro, algo iba a terminar mal. Arrastradas, las dos, como animales accidentados.
- Cómo no me di cuenta antes yo, con esa cara de buenita, de caracol, tendría que haber sospechado de tus pestañas para abrirlas y cerrarlas como persianas, personas lentas que tardan en entender un dolor, no lo entienden nunca más, lo tuviste todo y encima me querías a mí, por qué contame, ¿porque no me pudieron comprar para satisfacer tus caprichos de caracol malcriado? Ahora, andate.
- Me voy a ir cuando tenga ganas. Despertate, bañate, despertate, me dan ganas de tirarte un balde gigante de agua helada, en cambio, las veces que vine, me acerqué, a ver si con amor te levantabas de una buena vez y empezabas algo nuevo, serio, necesario.
- ¿Vos me estás hablando de seriedad? porque yo creo que vos sos un chiste, nunca supiste otro tono. Gracioso, superpuesto, rabioso.
- Qué decís, estás delirando.
- Delirando vos. O me deliraste a mí. Y te copié. Copié lo peor de vos. Tu tono anecdótico, de está todo bien, la vida linda, la vida divertida.
- Sabés qué, quedate en esta pocilga, revolcada en estas sábanas vaya a saber hace cuánto tiempo que no las cambiás.
- Seguro desde que te conozco.

- Por eso. Mejor me voy. Ahí tenés. Ahí te tenés, a mí no me jodas más, yo ya no quiero que me jodas vos. Matate. Por mí, morite. No me llames más. Yo no quiero volver a verte ni en sueños ni en figuritas. Sos una desfigurada.
- Vos también por haber estado tantos años conmigo.
- Tal cual, en eso coincidimos, nos desfiguramos. Sube y baja. Equilibrio estúpido, ojalá te caigas. De ahora en más otros rumbos, nuevas amistades, nueva vida florecida.
- Por eso, chau.
- Ahora sí, chau, que te vaya mal, quizá, si te lo deseo te haga bien.
- Quién sos vos para decirme a mí lo que me hace bien y lo que me hace mal, sos una indistinta, uh te veo nublada, te estás abstrayendo, uy te convertiste en humo, dejé de verte.
- Qué alivio dejar atrás personas que te ponen un palo en la rueda, estacas en las manos y en los pies, no podés agarrar ni un vaso de agua, es la muerte, moverte a merced del otro por temor a que no te quiera nadie más, por ahí no les dabas a otros desconocidos la oportunidad de conocerte.

Hojas dentro de una carpeta

Sabés qué. Estoy harta de vos también. Carpeta muerta que te hacés la viva. Tentándome con historias que no existieron, existen ni existirán. Las hojas son una excitación que impide contaminarme. De eso me doy cuenta ahora. Cartón prensado con tres ganchos plateados y una etiqueta con mi nombre escrito con birome. Así no va. Tapa dura. Cabeza. Siete años refugiándome en vos. Si no servís de techo, de comida, de protección, de amiga. Qué clase serías si vivís callada. Cerrada. Nunca una acción, algo inesperado. Un conjuro. La expresión de una voluntad extraterrestre. No voy a abrirte quiero que me escuches y si no es suficiente sacar la bronca que tengo gritándote, te voy a romper. No sé si llegaría a tanto. Pero lo pensé, lo estoy pensando. Se fueron todos y me dejaron a tu cuidado. Qué inmadurez, a quién se le ocurre dejarme sola desde los seis años con vos, como si en verdad fueras una tutora capacitada, me discapacitaron, mi padre, mi madre. Lo único que se dejaba abrazar. Pero cómo no me di cuenta que tendría que haber dudado, lo único no es lo mejor que nos puede pasar. Al revés, si te dan tan poco es porque tienen poco, pero yo me merecía mucho más. ¿O no? uno se fue con otra, mi mamá se fue con otro, mi hermano siguió con su vida y yo acá, siempre en el mismo lugar. Tomá, entretene con esto, como si fueras un palacio, al revés, cincuenta hojas rayadas, cuánto tiempo te lleva completarlas. Un día. Y al siguiente, yo pedía y me decían: dibujá más despacio, no pienses tanto, mirá por la ventana, traé a una amiga, aburrite un poco, no te va a venir mal. Y yo hice caso, pero mi pregunta es para qué. Para qué hice caso si no me fue bien, si no me siento bien, quizá tendría que haber hecho al revés. Tendría que haber desobedecido, gritado, revoleado lo poco que tenía, haberme encadenado a la pata de la cama y decir: hasta que no se pongan de acuerdo sobre cómo tratarnos no salgo, no los quiero ver, los odio, no quiero dibujar nada que no vaya a tener, si dibujo quiero tener lo que dibujo o no dibujo más, déense cuenta, ellos están mudos, es más de lo mismo, menos de ustedes más de mi pobre imaginación, es una deformación que fomentaron ustedes dos, o tres o ya qué pito me importa. Siempre sola en esta habitación. Ni siquiera mi mejor amiga se quedó. Se fue. La cansé. Te trajimos a esta vida aburrida. Agradecé el vaso de té, llevarte al colegio, quedarte un ratito en la plaza, tener un nombre y un útil que me termina utilizando. Y cuántas más sensaciones podría sentir que no siento. Vivo enyesada. Mi corazón es una momia que, a su vez, está dentro de una vitrina en un museo. Los espectadores ven la muerte y lo convierten en pasatiempo, lo que sin embargo, para mí es tiempo que no pasó, se estancó, no me divertí para nada. Ojalá hubiera tenido oportunidad de pasear. Mientras que unos se divierten otros trabajaban. Mis padres. Mi hermano. Y yo al cuidado de vos. No te quiero más. ¿Sabés qué? A partir de hoy no te voy a usar como una carpeta de la tutelada. A partir de hoy, mirá cómo saco las hojas y te pongo como un sombrero en mi cabeza. Sin permiso vamos a ir con este calor a la plaza. A ver un dibujo real. A ver si de verdad me servís para algo. Como por ejemplo, protegerme de no insolarme. ¿Te gusta así, o te pongo así? Salgamos de este cementerio de papel que hasta el día de hoy fue el paraíso de mi mente, la fantasía de mi soledad.

Ventana

El día que me sacaron del marco en el que estaba me trasladaron en la caja de un camión, junto con otros vidrios rotos de distintos edificios públicos de la ciudad, a un depósito de basura gubernamental. Allí conviví durante uno o dos años, ya perdí la cuenta, con sillas a las que les faltaban patas, escritorios sin cajones, repisas metálicas oxidadas, pizarras, libros humedecidos, lámparas de pie sin pie y así sucesivamente. Perdí la cuenta del tiempo que pasé allí, por el deterioro que significó para mi vida de ventana averiada semejante cúmulo de cosas inutilizadas, no digo inútiles, porque antes de ese período muerto, a alguno se le podría haber ocurrido lo que por suerte, finalmente a una se le ocurrió. Fue una mañana, entraba el sol por la única ventana alta del depósito, su ubicación me recordaba a la mía cuando vivía en el aula por la que habían pasado chicos y chicas de sexto y séptimo grado A. Una mujer dijo: qué despropósito tener tantas cosas sin propósito en este depósito, ocupan espacio, nadie sabe bien qué hacer con ellas, viven una vida pasada ocupando un tiempo presente. Entonces, asistentes tenemos que reutilizar cada objeto con tal de que vuelvan a encontrarse con un público. Pero cuál, preguntaron enseguida los empleados de planta permanente de mantenimiento del gobierno y contestó: vamos a inaugurar en este mismo espacio una nueva dependencia estatal para celebrar cumpleaños, aniversarios, recibidas, festejos varios de cualquier ciudadano chico, anciano, adulto, chica. Es decir, en cambio de acostumbrarnos a ver esta puerta cerrada veremos cómo se abre porque de tan lindo que va a quedar, quién no va a querer estar acá. Además será gratis. Cada invitado, eso sí, deberá traer comida, bebida y música, pero nadie se preocupará por el salón, los muebles y la vajilla que se necesita en una fiesta. Ahora mismo, pidió, reparen cada pieza y reutilicen lo que puedan, por favor. La nueva directora se retiró. Y quedaron en el lugar cinco empleados. Cada uno, vestido con mameluco, gorra y un bolsito cruzado en el pecho con herramientas, comenzó a reparar los objetos en desuso. Cuando llegaron a mí, uno de ellos dijo: y qué hacemos con este fragmento de vidrio roto y otro respondió: juntémoslo con otros y llamemos al fundidor, de modo, que cree vasos y platos para los futuros comensales. Y así fue. Estuve una semana en manos de un artista del vidrio, que luego de fundirnos nos convirtió en vasos altos, transparentes con pequeñas gotas de otros colores, yo salí del horno con dos verde botella. No como si fueran lágrimas, sino como si guardara el recuerdo de haber visto llover alguna vez sobre los árboles en una plaza. Cuando nos trasladaron al antiguo lugar, ahora salón de fiestas, nos ubicaron en una repisa de madera totalmente reconstituida. Y qué pasó, pasó lo mejor, lo mejor siempre está por llegar. Resulta que al día siguiente se hizo la primera y fue la recibida de los chicos de séptimo grado A, que había visto unos años atrás. En un momento dado, se acercaron las chicas amigas que siempre había admirado protegiéndolas de las inclemencias del tiempo. La chica de los ojos grises me agarró a mí y su amiga a un vaso que estaba al lado, con gotitas marrones de una antigua botella de cerveza. Y brindaron con jugo. Y después se rieron. Y después lloraron. Y después se abrazaron. Y yo estaba tan contento de volverlas a ver, ahora convertido en vaso, que no lloré pero, de la emoción las gotas que tenía cerca del borde se deslizaron como si fueran mejillas verdes para indicar que me estaba riendo, que no

podía creer que, en una ciudad tan grande, me hubieran sacado de la muerte y me llevaran a un lugar en el que me iba a encontrar con amigas de toda la vida.

La señorita Verta

- Escuchame, ¿vas a seguir ahí echada toda la mañana?
- ¿Eh?
- Desparramada en la mesa como si fueses un saco.
- P.
- ¿No podés pronunciar palabra?
- N.
- Dale. Ya pasaste de grado ¿No te pone contenta?
- M.D.I.
- ¿Y eso?
- Me da igual.
- Bueno a mí no. Mirame. Levantá la cara. Toda despeinada. Andá a arreglarte al baño y volvé.
Esta chica ...pobre bebé...
- ¿Ya está?
- Sí, supongo.
- Mirá, te traje un regalo. Tomá. Abrilo.
- ¿Y esto? Qué es.
- Una vincha, ¿te gusta? La pensé para vos para que te veas distinta.
- Es que con un accesorio me veo tonta.
- Qué decís. Con qué ropa te gustaría combinarla para la entrega de diplomas.
- Es que estando peleada con amiga no me interesa celebrar.
- Ya se van a arreglar.
- No creo, nos dijimos de todo, la cansé, se fue de mi casa.
- Y bueno, entonces, cambiá vos. Dejá de cansar.
- Y cómo hago.
- Haciendo.
- Pero qué.
- Cosas. Le tenés que hablar a la parte abandonada: qué te pensás, que voy a dejar que invadas cada parte de mi cuerpo, de mi vida, de mis amigas. Y así nomás levantás una muralla ante tu propia voz. Hasta acá. De acá hacia este otro lado no pasa nadie, ni siquiera vos que sos una parte de mí misma.
- Podría ser.
- Es. Escuchate. Es una cuestión de tono puntilloso. Como esta vincha. Viste qué lindos volados tiene acá arriba. Están hechos con paciencia y convicción. Sujetos a una tela que envuelve una estructura, sino se desprenderían con el primer uso.
- Quizá me la ponga. Pero no sé con qué ropa.
- Pensemos que tenemos todo el tiempo del recreo. Yo te ayudo.

Padre

Toco un vaso de agua. No quiero ahogarme. Me fui de una casa ya estoy en otra, en otro. No quiero pronunciar, siquiera, la palabra lío. Por qué el amor es este enredo, la anti transparencia, un incesante sudor. Resolver a cada paso una incógnita es envolver cada palabra para regalo como si se tratara de una eterna navidad. La paciencia arruina. Debo tenerla. Una mujer nueva y hermosa, llena de caprichos, me hace preguntar en qué momento elegí estar atado con un cinturón invisible a esta demanda: andá, llévame, resolvé, fijate. Nada que ver lo que vivía antes. Era un diálogo, una discusión, acá no, al contrario. Hacé si no me quedo sin comida, como ella trabaja todo el día, la trae cuando regresa o el dinero para salir a hacer mandados. Y yo decidí cuidar a los chicos, los que tuve de una manera placentera ahora es retorcida. Me siento como un chico al que amenazan y queda en silencio, no me sale pronunciar la frase: “me cansé otra vez” en voz alta. Están en sus cunas estos hijos míos, mellizos de oro, qué pensarán de su padre, que contamina el aire con palabras, sería fumarles en la cara a los recién nacidos. Qué necio soy. Miro por la ventana con dos mamaderas en la mano. Mis hijos primeros, sin verlos vaya a saber hace cuánto tiempo, que se transformaron en horas sin recuento, una función de los relojes marcan un paso que no es apremiante como los segunderos, cómo podría distraerme de observar a estas criaturas, podrían pasar cosas horribles si me fuera lejos. Por lo menos, me complace saber que con aquéllos estuve un primer tiempo y espero signifique una capa que los abrace por el que ya no pude o no quise estar, no doy más, cuatro hijos son gigantes del amor que con pequeñas manos agarran a los padres y los arrastran por el piso. Es lo que tengo, es lo que hay, es lo que son. Cómo podría cambiar las cosas que ya no se pueden cambiar. Entonces agarro mi guitarra y les canto una canción que los adormece hasta que gritan de hambre, así pasan los días. Desasosiego, canción y mate. Pienso en el conjunto de palabras. Qué simples y sin embargo, qué sentido tendría cargarlo con yerba nueva, poner la pava a hervir y no tener energía suficiente para servirlo. Me pasa eso, la llama inicial no ilumina el camino entero. Me quedo a oscuras en la mitad. Entre ser amante y no serlo. Ser padre y no serlo. Ser artista y no serlo. Ganar dinero y no ganarlo. Qué palabra espantosa ganar. Pegajosa. Gelatinosa. Hecha con agua como la que tomo del vaso: ayudame, le digo a mi reflejo. Y él: dale, amigo, ánimo, qué tienen los demás que no tengas vos. Es que no alcanza, le digo al reflejado, que vengo a ser yo como si estuviera nadando. Quizá sea eso, empezar a moverme en una dirección y no parar hasta encontrarme para que los demás no sufran mi desorientación. Tengo miedo de estrellarme. Acaso, ¿será mejor que estar quieto con la ansiedad de una mosca encerrada entre un mosquitero y un vidrio, creyendo que un instrumento interpreta un silencio viciado que los bebés escuchan para interrumpir?

Árbol

Cómo es la vida, conjunto extraño de años que marcan períodos estables de tiempo: la guardería, el jardín de infantes, la primaria, la secundaria, la universidad, los lugares de trabajo, las familias, las amigas, en ellas pienso con mi conciencia de árbol, que para los humanos sería más bien una inconsciencia porque nacemos para ser plantados en un solo lugar y, si no se suscita ningún accidente, vivimos más que ellos.

Mis amigas hace cuánto dejé de verlas, las extraño con todo mi corazón que bombea savia hacia las ramas altas, las ramas bajas, las hojas grandes y las hojitas. Yo no supe identificar el final. Siempre pensé, que al otro día volverían, como todos después de la escuela. Pero en marzo de este año me di cuenta que no volverían más y antes de llegar a un punto coherente, me dejé llevar por la tristeza que es un punto incoherente en el entrecruzamiento de los sentidos. Entonces creí que se habían enojado conmigo, que las había pinchado, hecho caer, que las había asustado el día que cubrí todo el paisaje de la plaza con copos de algodón, había convertido nuestros sentimientos en momias, que habían dicho que no iban a venir nunca más y yo lo había olvidado, que no habían dicho que nunca más iban a venir y yo tenía que darme cuenta solo, que nos habíamos agarrado de los pelos y de las ramas, diciéndonos cosas horribles y queríamos dejar pasar un tiempo, más o menos largo, para volvernos a ver, no sé, tantas cosas pensé cada día de espera, de invocar sus risas y sus zapatillas haciéndose piecito para llegar a la rama más fuerte, a la rama más alta que las hacía sentir distintas al estar distantes de la tierra, mitad pájaros mitad niñas y niños, o mejor, mitad humanos mitad frutos como si fuera posible que cada uno adoptara una nueva cabeza, con los ritmos de una flor, sus colores, sus perfumes y nunca enfermara simplemente se cayera para volver a abonar otras mentes capaces de un disfrute pasajero, estos momentos que añoro.

Hasta que me di cuenta que no había pasado nada tan malo sino que habían terminado séptimo grado y listo, cada una estaría en un nuevo momento, una esfera de cristal que tiene ruedas propias y no espera como hago yo, sino que sigue su curso una burbuja dentro de una botella congelada hasta derretirse. Para salir a buscarlas me imagino que tengo zapatos rojos y una cartera con dinero para entrar en un taxi y me pongo coqueto coqueta, aros de perlas que cuelgan de mis ramas orejas, un collar, una hebilla, me pinto los labios, los ojos que son de hojas. Y las encuentro. Les cuesta reconocermes así arreglada pero después me abrazan y seguimos los tres sentados en cualquier banco de cualquier plaza. Yo sé que la imaginación es un arma de doble filo por eso dudo: ¿nos volveremos a ver?, ¿nos reconoceremos?, ¿qué nos diremos?, ¿tendremos algo que reprocharnos?, ¿nos reiremos de los recuerdos o los habremos olvidado?, ¿nos darán ganas de seguir viéndonos o pasarán muchos años más hasta encontrarnos otra vez?, ¿cómo habrá cambiado nuestro lenguaje?, ¿estaremos conformes con el hecho de haber seguido ciclos o querremos desatar esos círculos? En qué consistiría el tiempo libre de las instituciones, ¿será parecido a las plumas de los pichones que quedan dentro de los nidos cuando aprendieron a volar?

Madre

Cómo transmitirte lo intransferible. Hijita linda, tu libertad inmensa. Soy una nube gorda y blanca con cabeza de pájaro, alas y piernas de mujer. Vos estás cerca, escondida hasta que perdés el miedo y querés salir del lugar en el que estás. ¿Es un nido?, ¿un escondite?, ¿un refugio? Te hicimos mal. Te afectó una separación que no tuvo palabras. Ahora lo pienso mientras escribo. Si no escribo dejo de pensar. Actúo. Por impulso. Frenética. No me soporto y ustedes tampoco. Pero nunca me fui. Siempre volví, un poco tarde de trabajar pero si se despertaban sabían que me encontraban en mi cama. A no ser que tu intuición te haya hecho adivinar que también estaba embarazada de otro hombre que no es tu padre, claro está. Y eso que todavía es reciente y no sé qué voy a hacer, siento que ya lo rechazás. O mejor dicho, a mí por este bicho que tengo adentro. Me siento como si tuviera una mosquita o una pulga de agua que fecunda por donde va, lo hace crecer y estoy tan insegura que no sé qué haré, diferenciar lo correcto de lo que quiero, se me hace lío administrativo, como cuando se rompen los ganchos de la carpeta de las facturas, quedan desparramadas y me da fiaca acomodarlas de nuevo.

Esas son las preguntas que me hago. Como vos en esta casa, con esta madre es la que te tocó o como yo en esta ropa que me aprieta y no sé si desnudarme y sacarme el bicho de encima o hacerle un lugar en esta casa, en este cuerpo, en este pantalón. Ya no te hablo a vos. Dialogo conmigo misma. Este caos. Cómo se engendró. Todo el mundo deja todo tirado y quién se supone que tiene que recoger. Los frutos maduros. Los frutos podridos. Es cierto que no te veo erguida, la verdad es que estás bastante ojerosa y desanimada. No sé cómo protegerte. Con qué palabras enfrentar una desilusión. No me animo. No me atrevo. Con este papel sí, no responde, no hace nada, es dócil y tonto. En cambio vos no sos tonta y dudo sobre cómo reaccionarás frente a mi inacción. Entonces creo que tendría que dejar de castigarme por algo que no hice, en este caso tu papá se fue, ni pedirte disculpas por haber estado con otro hombre porque el amor no pide permiso. Eso lo veo después. Tarde. El amor te retrasa, no están contemplados los hijos. Ustedes sí, cuando quedé embarazada de vos no dije quedé envenenada, todo lo contrario me puse contenta, cómo será, cómo se va a llamar, le voy a tejer este vestidito y espero que lo guarde para siempre. Ahora es la medianoche y seguís en tu cuarto y por ahí si te levanto y te muestro tus tejidos en una caja de recuerdos me mirarás con cara de “esta mujer se volvió completamente loca” y pienso en otra opción, en despertarte y salir a andar en bicicleta por los caminos de tu infancia hasta aburrirnos e ir por otras partes, más vistosas, nuevas, una aventura. Y que no nos den ganas de pararnos o perdonarnos, sino simplemente de pedalear hacia adelante, con un empujón inusual hasta que aparezcan frases de retorno: esto se dio así, aquello se dio así, un día no me daban ganas de volver a casa pero volví igual porque si no los veía, los iba a extrañar y ustedes no tenían nada que ver con el merengue que los adultos tenemos en la mente, somos caprichosos, queremos y, no sabemos por qué, dejamos de querer.

Quizá crecer sea encontrar palabras que alivien como esa nube que, pareciera nos sigue, desde que salimos de casa para encontrarnos sin división.

Camino

Una vez que terminaran de tender el cableado eléctrico debajo de la tierra, el peligro, rellenaron el pozo, dispusieron nuevas baldosas como si fueran viejas y doblaron el corralito de madera. Soy un camino reconstituido. Como si después de una temporada en un hospital, una enfermedad, me hubiera recuperado de pronto, sin acordarme exactamente la cantidad de tiempo, sé que fue enorme. No sé, dos o tres meses, quizá cuatro. Cada día venía un empleado nuevo a corroborar qué había pasado abajo, donde los cables se pelan, se deterioran y nadie se entera. Ya perdí la cuenta cuántos especialistas pasaron: uno en tendido eléctrico, otro en infraestructura, un ingeniero civil, una arquitecta, un obrero, fui un pozo en el que muchas personas se miraron, nunca fue la totalidad vacía, negra, profunda. Extrañé estar soldado, sano, útil, cosido. Un pozo no es muy distinto que un cuerpo abierto. Pasa de todo, todo el tiempo. El funcionamiento de las células incesantes, el camino de los bichos, el bombeo de un corazón a máquina, la especulación profesional, cientos de enfermeras para tomarte la temperatura, la presión. A la línea fuerte de cemento que une una cosa con otra, le agradezco porque podría haber pasado que hubieran hecho sobre mí un cachivache. Qué es un camino, qué pavada, cualquiera podría aprenderlo, desaprenderlo y volverlo a aprender. En cuántas cosas pensé mirando una pala, una mezcladora y un martillo. Era el instrumental quirúrgico para que quedara como quedé, muy parecido a como fui la primera vez que pavimentaron la calle y enseguida se empezó a poblar. Una familia qué es sino es un empecinamiento, vamos todos para el mismo lugar hasta que explota. Y eso pasó, justo en la vereda por la que transitaban personas a la misma hora y regresaban para cenar. Hasta que eso se interrumpió. Yo comencé a escuchar en vez de ocho pasos, seis y luego cuatro, hasta que fueron dos. Los de una chica bien flaca que camina de manera tropezada. Y pienso en que ahora no corre peligro de caerse en el pozo, al lado de la puerta de su casa porque me recuperé. Ayer a la madrugada sin ir más lejos, estaba recién dado de alta cuando escuché que salían ella y la madre con las bicicletas. Dije: no puede ser, esto es una locura, dónde van a esta hora si no hay ningún lugar abierto. Y enseguida me respondí: qué sé yo si existen o no, si siempre estuve acá y con esa duda sonó la bocina, se movieron los flecos de papeles de colores que se usan en los manubrios y me pareció una constelación hecha de piel y huesos que se abría para formar otros cuerpos con formas desconocidas. La madre gritaba y la hija también: quién hubiera dicho que con tan poco nos íbamos sentir unidas como alguna vez estuvimos, a través de la placenta que transmitía mensajes de cordón umbilical, ahora es esta cadena negra sujeta con tornillos parecida a nuestros pensamientos sueltos sin compartirlos, juntas, en el espacio abierto de la noche, nos entendemos.

Hermano

Cuántas cosas uno hace con prejuicio y luego se da cuenta que nada que ver, que el otro era el contrario al que creíamos. Con esta idea de constructor me propongo hacer una arcada de cristal que una mi corazón con otro flotante en el aire. Con el vidrio que recojo en cada caminata desde mi casa a la escuela para pasarla a buscar a mi hermana, luego volver a casa, hacerle la comida, dejarla con la televisión o una hoja para que dibuje, voy a la facultad hasta la noche que regreso. Transporto en una mochila de lona resistente cortes que las personas dejan, algunas envueltos en diario, otras sin protección sobre el tronco de un árbol, una rejilla, cerca del contenedor de basura. Yo los separo con cuidado, los cubro con un pulóver viejo, los traigo, los desinfecto y los dispongo en la mesa del living para trabajar durante la madrugada. Construir una maqueta de espejo y cristal de mis sentimientos sobre una tabla de madera, antigua puerta desvencijada ya cumple otra función. Esta mesa, antigua abertura me enseñó muchas más cosas de las que hubiera creído expresaba una puerta. Me detengo en una realización inusual. Hago una pequeña casita con un extenso camino que se inicia en la entrada hacia otra casa, podría ser la de mi padre que está en la otra punta. Luego nos hago a él y a mí con pedacitos de espejos pegados, con ojos, boca y nariz de esquirilas verdes. Nos encontramos a mitad de camino y hablamos un lenguaje de vidrio transparente y pesado, como si el pasado de nuestras palabras hubiera estado conformado por antiguas copas colocadas en el aparador de un bar y un mozo o moza las agarran para llevárselas a las personas que ríen, conversan, desean brindar y así pasan el tiempo. Un corazón entablillado: hola, hola, cómo estás, cómo estás, si necesitás algo, si necesitás algo, espero que te vaya bien, espero que te vaya bien. Los personajes de la maqueta se dan cuenta que así comienza un murmullo de repeticiones que suenan como ecos, entonces, no parece tan distinto lo que cada uno sentía, sino que no estábamos hechos de la materialidad que precisábamos para entendernos. Si no lográs comunicarte como humano con otro humano, quizá lo hagas en tanto muñeco de madera, dibujo en una hoja o una estatuilla de barro. A mí este método me convierte en un experto de lo inesperado. En un hijo sin mentiras que mueve marionetas de vidrio abandonado. Yo no quiero lastimarme, por eso mientras trabajo uso guantes. Levantar sentimientos es levantar cosas pesadas.

Remera

- Tirame.
- No puedo.
- Dale, por favor, tirame.
- No quiero.
- Es demasiado.
- Nunca es demasiado.
- ¿Qué querés?
- Otras oportunidades.
- Son difíciles de tomar.
- Tomalas.
- Probemos.
- Qué cosa.
- Maravillosa.
- Como cuál.
- Convertirme en otra.
- Es un buen plan.
- Qué te gustaría ser, tener o proyectar.
- Una imagen poderosa.
- Cómo dios.
- Como dios.
- ¿Una remera endiosada?
- Exacto. Realismo divino. Fuiste testigo de la separación de mis padres. Dejame pensar.
- No puedo seguir esperándote. Es un límite. Punto final.
- Un crucifijo estirándote con clavos sobre la pared.
- Es lo que esperaba. Algo fijo, contemplativo, inerte. Mucho tiempo yendo y viniendo.
- Entonces, ¿te pareés bien?
- Sí. Arriba del respaldo de tu cama.
- Ya traigo las herramientas.
- ¿A esta altura?
- Perfecto. Es la de los muertos que cuidan a los vivos.
- De ahora en adelante te voy a rezar.
- No hace falta. Te voy a entender sin pedidos.
- Eso lo dice una amiga buena.
- Eso fuimos. Ahora seremos creyentes de esa consagración.
- Darnos la posibilidad de una llegada.
- Un dios de tela. Desde mis desgarraduras te envío aire escondido.
- Sos mi remera adorada.

Amiga

- Quién te iba a decir que íbamos a terminar las dos sentadas, una al lado de la otra, en esta mesa en la fiesta de egresadas.
- Yo creo en la amistad de refracción, volver a ver a alguien que quisiste, después de mucho tiempo, ilumina de manera oblicua el lugar en el que estás. No sos un rayo que produce oscuridad en pleno día. Se hace un hueco, un canal, en el que el agua resurge desde el fondo de dos personas, hacia un exterior distante que permite ver una mano cuando antes veías pliegues, arrugas, venas, líneas hacia miles de caminos a la vez.
- La última vez que te fui a ver eras un callejón sin salida.
- Me diste tanta bronca que pensé que nunca más te iba a dirigir la palabra.
- Me pasó igual.
- Me cansé de las palabras. No llegábamos a ninguna conclusión, no te levantabas.
- Yo quería que dijeras algo que no podía decirte ni decirme.
- Pero un amigo no es una marioneta, ¿o sí?
- Me confundí, creía que sí.
- Cada una tiene una visión sobre las cosas. Por qué tendríamos que coincidir siempre. Tener ganas de salir y hacer algo, cualquier cosa. No estar echadas en la cama, echás la vida a perder.
- No me lastimes.
- No quiero ni quise lastimarte pero no quiero pedirte perdón por haberme ido. Sería reprochar mis sentimientos.
- La amistad incondicional.
- No existe. No quiero. Me pudriste.
- ¿Y ahora?
- Ahora me dan ganas de saber de vos, ¿cómo estás?
- Encerrada en este vestido de fiesta pero me encantan los vasos que nos dieron.
- ¿No te hacen acordar a las ventanas de la escuela?
- Un poco. Por qué.
- Por el peso, la combinación verde transparente.
- Sí, el aula, la escuela, el patio, la plaza, el árbol, los deberes.
- Tal cual. Mirá si fuese ella.
- Quién.
- La ventana.
- ¿La ventana de la escuela?
- Sí.
- Sería una comunicación supra real. El último día de un ciclo las tres juntas.
- ¿Serás vos?
- ¿Sos vos ventana querida?
- Para mí que sí, mirá cómo comenzó a moverse el hielo.
- Es verdad, gira sin órdenes. En círculos agitados como cuando hacíamos rondas en el patio, la primera vez en un recreo.

Hojas dentro de una carpeta

Esté donde esté. Pasé lo que pasé. Nunca se movieron. Hojas dentro de una carpeta negra, cueva, hogar, resguardo con gancho plateado. Estuviste de mi lado. A la única que no le reclamé palabras porque sabía que no tenías. Estabas en desventaja y nunca me burlé de eso, te di las mías, te las enseñé mostrándome como con nadie: qué hiciste durante todo el día, con quién estuviste, ¿hablaste con alguien? Sí, con ella, mi carpeta que se abre fácil, no pone condiciones, resistencia, sólo un fluido de lápices y biromes que absorbe. Como cuando uno mira a una persona, no distingue si tiene la sangre de otro, si le hicieron una transfusión. Eso me pasa con esta carpeta, nadie sabe si se cayeron lágrimas, qué tipo de dibujo guardó, que dolor tomó como si fuera un helado. Para los otros es un útil, menos para mí. Esa es la fortuna del entendimiento. No siempre se produce. A veces con humanos. A veces con los árboles. A veces con los objetos. Los animales. La escritura. Es la que media sin solucionar. Yo no creo en la frase: “conversando se solucionan los problemas”, yo creo que las palabras no alcanzan, se inventaron para mediar lo irremediable, el entendimiento tiene un límite, habría que admitir que hay un acantilado, una laguna en las que las palabras desnudan, son capaces de exponer un cuerpo roto, al que describen sin cuidar. Si bastaran tenues señales no harían falta las ruedas del lenguaje, transportarlo, arrastrarlo, ocurriría en vuelo en el que todos estamos un poco solos, moviéndonos.

Veo una hoja rayada como tantas en todos estos años y borro cada una de las líneas grises, qué pasaría si no existieran caminos y tuviésemos que trazarlos. Entonces dibujo una piedra preciosa con la intención de crearla, alguna vez, a gran escala para que cada ser viviente al despertar la viera, una palabra joya que, sin usar a nadie, entienda cómo se sienten las personas que siempre se quedaron en un mismo lugar.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora de Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente